EL TEATRO MODERNO

PEDRO MUÑOZ SECA

EL CONFETTI DE MEDENE

90 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elconflictodemer2630muoz

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO II 10 DE ABRIL 1926 NÚM. 28

Pedro Muñoz Seca

EL CONFLICTO DE MERCEDES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Victoria Eugenia,
de San Sebastián,
el día 31 de Agosto de 1922.

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mercedes	*Catalina Bárcena.*
Julia	*Rafaela Latorre.*
Romana	*Milagros Leal.*
Andrés	*Manuel Collado.*
Ricardo	*Ramón Mortorl.*
Marqués	*Ricardo de la Vega.*

ACTO PRIMERO

Una bonita habitación en casa de Julia Larraviedra, viuda de Campoarana. Muebles del mejor gusto. Una puerta en el lateral derecha, dos en el ídem izquierda y un balcón en el foro. La acción en Madrid, en primavera. Es de día. Epoca actual.

(Al levantarse el telón están en escena Julia y Ricardo. Los dos son jóvenes, los dos tienen muy buena facha y visión archibién.)

RICAR. Te digo que de hoy no puede pasar que anuncies a tu hija nuestra boda.

JULIA. Por Dios, no me apures, Ricardo. ¿Piensas que yo no lo deseo también?

RICAR. Pienso, al ver tu empeño en retrasarlo, que no me quieres como yo a ti.

JULIA. ¡Qué cosas dices! ¿Puedes dudar de mi cariño?

RICAR. *(Con ternura.)* No dudo, no; pero comprende que es natural, después de tres años de espera...

JULIA. Todo se andará, hombre; todo se andará. Bien sabes que mi cariño es de los que acaban siempre por ceder... ¡Amor de otoño!... El peor para las mujeres... sobre todo para las que, como yo, no amaron en primavera.

RICAR. ¿Vas a echártela de vieja conmigo?

JULIA. ¿No lo soy acaso? Tengo un año más que tú. Voy a cumplir los treinta y nueve.

RICAR. Lo cual quiere decir que los dos estamos en lo mejor de la vida; en la única edad en que se quiere de veras, porque el cariño no es para nosotros ni la ilusión alocada y pasajera de la juventud, ni la nostalgia morbosa y tardía de la vejez, sino el fruto sazonado y maduro...

JULIA. Hombre, cómo se conoce que eres una lum-

brera del foro. ¡Defiendes los pleitos con una habilidad!...

RICAR. Es que la parte contraria no pide con arreglo a derecho, y el Tribunal tiene que inclinarse a favor mío. Pero, mira, dejémonos de discreteos y respóndeme. ¿Descubrirás hoy mismo a Mercedes nuestro cariño?

JULIA. ¿Hoy mismo ha de ser?

RICAR. ¿No se cumple hoy el último plazo que fijaste? Se lo contaré todo—me has dicho mil veces—el día en que esté en edad de comprenderlo, el día en que la vista de largo y la presente en sociedad. Y ese día ha llegado ya, puesto que Mercedes va a hacer esta tarde su entrada en el mundo, va a ir contigo a la fiesta del Ritz... Es ya una mujer.

JULIA. Por eso precisamente tal vez no sea oportuno que se junten las dos emociones.

RICAR. Cualquiera diría que vas a confesarla un crimen.

JULIA. A ella tal vez se lo parecerá.

RICAR. ¿Eh? ¿Crimen el más santo de los cariños?... ¿Te avergüenzas de quererme?

JULIA. Al contrario. Tu cariño me enorgullece, me ufana. Yo iría por todas partes diciendo: "Quiero a Ricardo..." Pero esto que le diría de buen grado a todo el mundo, no sé cómo decírselo a mi hija.

RICAR. ¿Por qué?

JULIA. No te rías; pero, al fin y al cabo, la parte de corazón que te doy a ti se la quito a ella.

RICAR. ¿Tan pequeño es ese corazoncito que no cabemos en él, al mismo tiempo, los dos?

JULIA. Cabéis de sobra, pero ella puede quererlo todo para sí. Ha reinado en él sin rivales hasta hoy y es fácil que ya no se avenga a compartir con nadie la soberanía. Tú sabes mi historia; tú sabes que me quedé viuda siendo casi una niña, sin padres, sin amparo, y como si fuera poco, amenazada por la ruina, puesto que con mi viudez empezaron esos pleitos, que aún

durarían probablemente a no haber tú intervenido en ellos devolviéndome la riqueza y la tranquilidad. Si Mercedes no hubiera venido al mundo a poco de muerto mi marido, ¿dónde hubiera encontrado fuerzas para resistir la soledad y las penas? Por ella y para ella he vivido; no nos hemos separado un solo día; yo la he enseñado cuanto sabe; su inteligencia y su corazón han despertado en mis brazos. El único objeto de mi existencia ha sido formar su alma, pero formarla a mi gusto: para que me quisiera, no ya como a su madre, sino como a una amiga, como a una hermana... Y eso somos: dos hermanas inseparables... ¡Cuántas veces le he dicho: "Tú has sido y serás siempre mi solo cariño; yo no querré a nadie más que a ti!..." ¿Cómo puedo decirle de pronto: "Te he engañado: mi corazón no es solamente tuyo: hay quien pesa en él tanto como tú, tal vez más?" ¿Qué va a pensar al saber que ahora, ahora, es decir, cuando pasó mi juventud, que al fin y al cabo era lo que podía justificarlo, es cuando necesito otro cariño, otra ilusión?... ¡Compréndeme, Ricardo; compréndeme!

RICAR. ¡Qué buena eres, Julia! Tu razonamiento, por lo mismo que carece de lógica, es la mejor prueba de la nobleza de tu alma. ¿De dónde sacas que Mercedes pueda pensar los desatinos que estás diciendo? No sería lo buena que es, ni te querría como te quiere si pensara semejante cosa. Porque ya está en edad de saber lo que son las pasiones, aunque todavía no las haya sentido; debe comprender que no hay nada tan natural como que tú quieras casarte de nuevo. ¿Cómo va a parecerle mal que ahora, cuando tu obra está terminada, cuando ella es ya una mujer que el día menos pensado vendrá a decirte que quiere casarse, pretendas tú también gozar de la única felicidad verdadera que ofrece la vida?

No; tu hija no puede tener esos celos. Es un disparate creer que un corazón no pueda albergar al mismo tiempo dos cariños, sin que el uno empequeñezca al otro. Al contrario. Cuando se unen en un alma dos grandes cariños, los dos se hacen mayores al juntarse.

JULIA. ¡Por Dios!

RICAR. Además, ya sabes lo que Mercedes y yo nos queremos. Desde pequeña ha tenido predilección por mí y yo he procurado siempre fomentarla, no sólo por el profundo afecto que me inspira, sino también para tener la seguridad de que al revelarle el secreto de nuestro cariño no habrá de recibirme como al enemigo que viene a despojarnos de lo nuestro, sino como se recibe al que conquistó nuestra confianza y nuestra estimación, al que viene a ser un padre verdadero...

JULIA. ¡Qué feliz me haces dándome esa esperanza!

RICAR. *(Muy cariñosamente.)* ¿De veras? Pues entonces...

JULIA. *(Separándose de él.)* Calla, disimula; me parece que viene alguien. *(Rumor de voces dentro.)* Sí, es mi pariente Andrés Montemuro, el conde de Casaldomiro.

RICAR. ¡Qué tipo más simpático! ¿Y es pariente tuyo de veras?

JULIA. Sí; pariente político.

RICAR. Creí que era una broma de las suyas; como siempre está de buen humor...

AND. *(Por la derecha.* "Saluten pluriman." ¿Estorbo? *(En efecto, Andrés Montemuro es lo que se dice un tío simpático. Es joven, y en punto a elegancia, sin afectaciones ridículas, es el amo.)*

JULIA. ¡Hola, pariente!

AND. Si estaban ustedes tratando de asuntos forenses me retiro.

RICAR. Los asuntos forenses se acabaron ya, por fortuna.

AND. Gracias a usted, que puso en fuga a los asal-

tantes, devolviendo a Julia su patrimonio. ¡Bravo, amigo Aguilares! Es usted un... Papiniano.

RICAR. Hombre, por Dios...

AND. ¿Le he ofendido?

RICAR. ¿Ofenderme por eso?

AND. Es que yo... lo diré aquí, en el seno de la confianza, no sé quién es Papiniano. Sé únicamente que siempre que se habla de pleitos sale a relucir el nombre de ese caballero, y eso me ha hecho adquirir la costumbre, cuando hablo con algún jurisconsulto, de llamarle Papiniano, por si pega.

JULIA. ¡Qué cabeza tienes!

AND. No meto la pata, ¿verdad? Papiniano fué un abogado ilustre, ¿no?

RICAR. Sí, hombre; el más grande de los jurisconsultos.

AND. Y antiguo, ¿verdad?

RICAR. Asesor de Septimio Severo; no le digo más.

AND. Sí, ya lo creo. Ese Severo... de cuando los árabes como máximum, ¿no?

RICAR. Mucho más antiguo: romano.

AND. ¡Caramba! ¡Romano! ¿Y cómo no lo sabía yo, con lo que a mí me interesa todo lo romano?

RICAR. Fué profesor de Caracalla y de Geta y autor de muchas obras jurídicas que fueron la base del Digesto.

AND. Ea; ya ves, querida Julia. Y yo sin saber quién era Papiniano. Con lo que a mí me gusta el latín... Si yo fuera capaz de estudiar algo, estudiaría latín; palabra. Me entusiasma. Todo lo que se dice en latín resulta de un énfasis, de un vigor... ¡Ay!... Debe producir una satisfacción enorme el saber muchas cosas y el distinguirse en alguna y el servir para algo. Yo, como jamás he servido para nada...

RICAR. Será que nunca se lo habrá propuesto de veras. Crea usted que todos servimos para aquello que nos proponemos.

AND. Puede que tenga usted razón, porque realmen-

te la única cosa en que yo me he obstinado en la vida ha sido en quedarme sin una peseta. Y ésa la he conseguido, se lo aseguro... Y caramba, he demostrado unas disposiciones felicísimas. *(Ríen.)*

JULIA. Afortunadamente lo echas a broma.

AND. Mujer, ¿quieres que llore?

JULIA. Motivo tendrías para llorar; porque mira que haber derrochado una fortuna como la tuya...

AND. Por Dios, parienta, no me coloques el disco, que me duelen los oídos de oírlo repetir. Ya sé que he tirado por la ventana un patrimonio... secular.

JULIA. El que te dejaron tus antepasados, unido a uno de los nombres más ilustres de España, que ahora no puedes sostener con decoro.

AND. ¿Qué quieres, hija? Son los tiempos, las costumbres. Siempre que miro alguno de los retratos de mis abuelos...

JULIA. ¿Pero te quedan retratos todavía?...

AND. Sí, mujer, los que están mal pintados, que no hay quien dé por ellos dos reales. *(Ríen.)* Pues, en serio: siempre que veo a mis antepasados embutidos en sus corazas de hierro, me digo contemplándolos: "Vosotros llegasteis a ser ricos gracias a la indumentaria; porque llevabais el bolsillo tapado con esa funda de hierro, y, es claro, no podíais meter la mano en él. Pero los que llevamos los bolsillos indefensos, al alcance de los dedos, ¿cómo vamos a resistir a la tentación?

JULIA. Yo creo que a ti te ponen coraza y la perforas.

AND. Además, que ellos conquistaban reinos, que les producían rentas, y nosotros no conquistamos más que... princesas, que se comen lo que heredamos.

JULIA. Si te hubieras casado...

AND. ¡Anda, ésta!...

JULIA. Si hubieras buscado una muchacha, de tu clase, por supuesto, pero juiciosa, que te hubiera

encauzado, que te hubiera tirado de las riendas...

AND. ¡Mujer, por Dios!...

JULIA. Tal vez el cariño hacia ella, o el pensar en los hijos...

AND. ¿Pero tú crees que yo iba a tener hijos?

JULIA. ¿Por qué no?

AND. ¡Valiente primavera!

JULIA. ¡Hombre!...

RICAR. Dios dijo: "Creced y multiplicaos."

JULIA. Es verdad.

AND. Claro que lo dijo "in illo tempore"; pero se refería a entonces, a cuando la vida salía por una friolera; a cuando cortabas una rama y te vestías con las hojas, te alimentabas con los frutos y te calentabas con el tronco. ¿Pero ahora?... ¡Vamos, hombre!... Yo creo que si Padre Dios se diera una vueltecita por la tierra y viera lo que cuestan las cosas, en vez de "creced y multiplicaos" puede que dijera: "Hijos míos, cuidadito con lo que hacéis; no seáis primos, que está todo muy malo."

RICAR. *(Riendo.)* Tiene gracia.

JULIA. *(Idem.)* Eres único.

AND. Bueno, hablemos de lo que interesa. ¿Dónde está Mercedes? ¿Se ha puesto ya sus galas de mujer?

JULIA. Y ha ido a lucirlas a casa de las de Fábregas y a no sé cuántos sitios más. La ha llevado el abuelo.

AND. ¿Eh? ¡Cómo! ¿Pero qué me dices? ¿Está aquí tu suegro?... ¡Caramba, hombre!

RICAR. No sabía que hubiera venido el Marqués...

JULIA. Sí; llegó anoche.

AND. Ese sí que se ha divertido bien; lo que se dice bien. ¡Qué tío más grande! ¿De dónde viene ahora, de París?

JULIA. No; de su casa de Pamplona. El pobre señor se aburre allí como una piedra, y en cuanto encuentra el más pequeño motivo se planta aquí a pasar una temporada con nosotros.

AND. Lo contenta que se habrá puesto Mercedes.

JULIA. ¡Figúrate!

AND. Tengo ya ganas de verla: con su pelo recogido, su aire de señora mayor, su vestido largo...

RICAR. También yo he venido para verla y felicitarla...

JULIA. Puede que tarde todavía en volver, porque salió hace próximamente una hora...

RICAR. *(Levantándose.)* Entonces me marcho un momento...

JULIA. ¡Cómo! ¿No la espera usted?

RICAR. Voy un instante al Congreso; necesito ver a un compañero... Antes de media hora estoy aquí. No me despido.

JULIA. Pues hasta luego.

AND. Adiós, Aguilares.

RICAR. Hasta después. *(Se va por la puerta de la derecha.)*

JULIA. Celebro que se vaya Aguilares antes que vuelva Mercedes, porque tengo que hablar contigo a solas, querido Andrés.

AND. ¡Caramba!

JULIA. Sí; siéntate y escúchame.

AND. *(Sentándose.)* Tú dirás.

JULIA. Tú sabes que siempre he sido una buena amiga tuya, que te he profesado verdadera simpatía y que mi casa ha estado abierta de par en par para ti.

AND. Es cierto, y no sé a qué viene el recordarme...

JULIA. Viene a evitar el que te enfades conmigo por lo que voy a decirte.

AND. ¡Caramba! ¿Tan grave es?

JULIA. Tan grave; como que nuestra conversación puede terminar—¡asómbrate!—por que te ponga de patitas en la calle.

AND. Harías muy mal.

JULIA. No creo que tengamos que llegar a ese extremo...

AND. Amén.

JULIA. Pero, por si acaso, bueno será que hagamos examen de conciencia. ¿Quieres?

AND. Es al único examen que no he tenido nunca miedo. Estoy a tu disposición.

JULIA. Pues empecemos. Me figuro que estarás conforme conmigo en que has tenido siempre la cabeza sin... dos o tres tornillos.

AND. Te diré: yo creo que tengo todos los tornillos, pero los tengo flojos... ¿eh? Bastante flojos, y, es claro, como no aprietan, las cosas dan vueltas...

JULIA. Bueno, para el caso es lo mismo.

AND. Como quieras; no vamos a discutir por semejante pequeñez...

JULIA. Estarás también conforme conmigo en que nunca te has ocupado de nada útil.

AND. Desde luego.

JULIA. En que has dilapidado tu fortuna y tu juventud en francachelas de todas las clases...

AND. ¡Ay! Y lo peor es que no estoy arrepentido...

JULIA. ¿Estás viendo? En ese caso no puede extrañarte—perdona la franqueza—que te diga que a un hombre de tus malísimos antecedentes no puede permitírsele, sin ciertas garantías, la entrada en una casa donde se guarda un tesoro...

AND. ¿Temes que me lleve las bandejas de plata del comedor?

JULIA. Temo que puedas llevarte algo que vale más que el oro y la plata. Dejemos aparte las bromas. Mira, Andrés: hoy es un día crítico en mi vida, el más crítico de ella tal vez... Por eso he aguardado a hoy para tener contigo esta explicación. Oyeme: yo no tengo más que un tesoro en el mundo: mi hija. El problema de su felicidad tendrá que resolverse en su día, con la única solución que para las mujeres tiene ese problema: el matrimonio. Yo no quiero—porque eso podría ser su desventura—que al corazón de Mercedes llame otro hombre que el que haya de ser su marido... y ya comprenderás que ese hombre no puedes ser tú.

AND. ¿Quién te ha dicho que yo pienso en semejante desatino?

JULIA. Ya sé que no lo piensas: te hago esa justicia; pero inconscientemente puedes causar un daño irreparable.

AND. ¿Yo?

JULIA. Tú eres una especie de profesional de la galantería, que acostumbrado a hacer del amor un pasatiempo, ni comprendes ni das importancia al efecto que las palabras, aun dichas sin intención, pueden producir en una muchacha inocente...

AND. Mirando desde ese punto...

JULIA. Mercedes te agrada... Es natural.

AND. Mujer...

JULIA. Excusa esta modestia de madre. Porque te agrada estás siempre hablando con ella, dándole bromas, buscándola en todas partes... *(A un gesto de Andrés.)* Te repito que sé que no lo haces intencionadamente; pero por lo mismo es preciso cambiar de conducta, evitar que ella pueda, sin darse cuenta, interesarse por ti.

AND. ¡Ja, ja, ja!... ¡Tiene gracia! ¿De modo que me tomas por una especie de conquistador irresistible que, hasta contra su voluntad, entra a saco en el corazón de las doncellas? Muchísimas gracias.

JULIA. No lo eches a burla. Se trata de un riesgo muy posible y tienes que prometerme...

AND. Te prometo solemnemente no hacer nunca el amor a tu hija.

JULIA. Eso es poco.

AND. ¿Poco? Pues te diré más; si ella se me declara, le daré calabazas.

JULIA. Vamos, ten juicio... ¡Que nunca has de hablar con formalidad!

AND. Porque hablo formalmente no puedo tomar en serio lo que dices... ¡Yo convertido en pretendiente de Mercedes!... ¡Vamos, hombre; ni que estuviera loco! Quiero demasiado a tu hija para

pensar en ser su marido... La haría desgraciadísima: estoy seguro. Tal vez durante un poco de tiempo pudiera contenerme, pero luego volvería a las andadas; me conozco como si me hubiera alumbrado. Además de que no la merezco; lo digo sin falsa modestia... ¿Quién soy yo—dejando aparte lo ilustre del nombre, que está quedando bastante malparado en mi poder, quién soy yo, repito, para pensar en casarme con la chica más mona y más inteligente y más graciosa de Madrid? Si ella tuviera la desgracia de prendarse de mi persona, te aseguro que sería yo el primero en decirle: "Mujer, por Dios, no te cases conmigo: no hagas ese disparate... Tú eres un encanto de criatura, y yo no soy más que un tarambana, un hombre ligero, incapaz de redención; un ignorante que hasta hace poco no ha sabido quién era Papiniano; un estúpido..." Bueno; ya comprenderás que esto lo digo en confianza y lo soporto porque soy yo quien lo dice; si me lo dijera otro, ya le habría tirado por el balcón; pero a mí mismo, por mucho que me insulte, no voy a plantearme una cuestión personal...

JULIA. *(Riéndose.)* Decididamente, no es posible hablar contigo cinco minutos sin descarrilar.

AND. Vuelvo a decirte que nunca he hablado tan en serio. Para que veas que soy enteramente sincero, no te ocultaré que alguna vez he pensado en tu hija como en la única mujer quizá a quien hubiera podido querer de veras...

JULIA. ¿Ves cómo confiesas?

AND. No confieso nada, porque este pensamiento era enteramente desinteresado, romántico... Pensaba en ella a lo don Juan... Me parecía ver en Mercedes a una especie de doña Inés, cuya inocencia podía redimirme y salvarme... Pero este pensamiento me duraba un instante nada más. Me convencía en seguida de que, en nuestro caso, no sería seguramente doña Inés la que

llevase al cielo a don Juan; sería éste quien la arrastrase a ella al infierno...

JULIA. ¡Calla!... Me parece que oigo su voz... Sí, son ellos. Prométeme, antes que llegue, hacer lo que te he pedido.

AND. *(Seriamente.)* Te doy mi palabra de honor.

JULIA. Basta. Te creo.

AND. Puedes hacerlo. Es lo único que conservo de mis antepasados. No he faltado a una palabra jamás.

JULIA. ¡Ay, Andrés, qué lástima que los perdidos seáis tan simpáticos!

AND. Yo digo lo contrario que tú... ¡Qué lástima que la virtud sea tan aburrida! *(Por la puerta de la derecha entran en escena primero Mercedes, y a poco, el Marqués de Piedraherrada. Mercedes es una muchacha monísima, listísima, simpatiquísima y muy desenvuelta, sin llegar a lo exótico ni al marimachismo. Viste como los propios ángeles. El Marqués es un setentón fachendoso: uno de esos que tuvo, retuvo, guardó para la vejez y administra bien lo que guardó. También viste figurinescamente y con arreglo a su edad.)*

MERCE. ¡Hola!...

JULIA. *(Por Andrés.)* Mira quién te espera para felicitarte...

MERCE. ¡Ah! ¡El Polo Norte!...

AND. ¿Ya empezamos con los símiles? Pues ten cuidadito, porque hoy vengo mordaz y a lo mejor "simila, similibus curantur".

MERCE. *(Extrañada.)* ¿Eh?

JULIA. *(Idem.)* ¿A qué viene eso, Andrés?

AND. *(Aterrado.)* ¡Atiza! ¡He dicho una monstruosidad!

MERCE. ¿Tú sabes traducir esa frase?...

AND. *(Apurado.)* Pues mira, la verdad... Claro que yo el latín que sé lo traduzco muy libremente...

MERCE. Pues traduce, traduce...

AND. Yo he querido decir... eso: "simila, similibus curantur". Vamos, que no me vengas con si-

miles, porque te largo yo otro símil y te quito la cabeza. "¡Curantur!" *(Ríen Mercedes y Julia.)* Bueno, mira, déjate de risas y quítate el sombrero para que yo admire la altivez de tu rodete, única señal de tu salida del... crisalidismo y de tu entrada en el mariposeo.

MERCE. Sí, hombre, sí; te daré gusto. *(Quitándose el sombrero, y al ver al Marqués que entra en escena.)* Abuelo: abróchate, que para ti son muy peligrosos los cambios de temperatura.

MARQ. ¿Eh? ¿Por qué dices...? *(Al ver a Andrés.)* ¡Caramba!... ¡El sobrino espátula! *(Abrazándole.)* Ven acá, hombre; el número uno de los tíos simpáticos.

AND. De los sobrinos: de los tíos, el número uno eres tú, y de espátula, allá te vas.

MARQ. Yo ya ni pincho ni corto.

AND. Pero todavía mondas. Aunque ya no eres más que un calavera jubilado, aún se nombra al Marqués de Piedraherrada y tiemblan los "croupiers", las botellas se descorchan solas y las grandes cocotas...

MARQ. *(Atajándole e indicándole la presencia de Mercedes.)* ¡Hombre!...

JULIA. *(Idem.)* ¡Andresito!...

MERCE. *(Que ya se ha quitado el sombrero.)* Continúa en latín, tú.

AND. ¡Guasona!... *(Contemplándola.)* ¡Caballeros! ¡Qué atrocidad! Chica, estás monísima con el... espérate, a ver si me sale en latín... Con el "pelum en cucuruchum"... *(Ríen.)* ¿Eh? ¿Está bien construído? Para la lengua del Lacio soy una fiera. ¡Y ahora que sé quién fué Papiniano!...

MERCE. ¡Qué mamarracho eres!

JULIA. Bueno, cuéntenme. ¿Qué han hecho ustedes? ¿Vieron ustedes a las de Fábregas?

MERCE. Sí; ahora venimos de casa de "Fernaúndez".

JULIA. ¿Fernaúndez?

MERCE. Sí, mamá; Fernaúndez, antes Fernández. Como hay tantos Fernández, para evitar lamenta-

bles equivocaciones han instruído no sé qué expediente, que hoy se ha resuelto por medio de una Real orden que les autoriza a intercalar una u detrás de la a.

JULIA. ¡Jesús!

AND. Sí, hombre; ése es don José Fernández: el secretario del Casino, un nuevo rico muy gracioso. Está como loco con su u. Esta mañana le decía yo al felicitarle: "Amigo Fernaúndez, ahora, además de secretario, es usted vocal."

MERCE. ¡Qué chiste más malo!

AND. Pues allí, en el Casino, hizo gracia. Es decir, no; lo que hizo gracia fué lo otro que conté...

MARQ. ¿También de Fernaúndez?

AND. Sí; que el martes me invitó a dar un paseo en un magnífico Hispano que ha comprado recientemente, y yo, claro, por hablar de algo y como el latín me gusta tantísimo, le dije: "Don José: el nombre de usted era hace siglos mucho más bonito; porque era "Joseph", acabado en P. H. Pero los modernos le han quitado el P. H." Y va él y me dice, repantigándose... "Mire usted, Andresito; a mí, con tal que no me quiten el H. P..." *(Rien.)* Saladísimo.

MARQ. Caramba, pues como cunda entre los nuevos ricos la idea de Fernaúndez de intercalar una vocalita... ¿eh? Vamos a tener una de Gonzaólez y de Ramaírez y de Peárez...

JULIA. Ya lo creo.

AND. Los Pérez no pueden intercalar una o después de la é; resultarían Peörez y eso es peor.

MERCE. *(Por Andrés.)* ¡Para matarlo!...

MARQ. Bueno, Andresillo. ¿Qué me cuentas? ¿Estás más formal? ¿Te ocupas de algo? ¿Estudias algo?

AND. Ahora estoy dando clase todas las tardes.

TODOS. ¿Eh?

MERCE. ¿Tú?

JULIA. No te creo.

MARQ. ¿Qué estás aprendiendo?

AND. Pues estoy aprendiendo a tocar la pianola. *(Risas.)*

MERCE. *(Con un periódico ilustrado en la mano.)* No, lo que es éste te lo tiro. *(Se lo tira a la cabeza.)*

AND. ¡Mercedes!...

MERCE. Cuidado que eres ganso.

MARQ. Y de billar, ¿haces algo nuevo?

AND. Pues siete carambolas de un solo golpe de taco.

MARQ. ¿Eh? Eso no puede ser.

AND. Quinientas pesetas.

MARQ. Van.

AND. *(Alargando la mano.)* Que se vean.

MARQ. Que se vean las tuyas primero.

AND. *(Tirando de cartera y poniendo sobre un mueble un billete de quinientas pesetas.)* ¡Quinientas beatas!

MARQ. *(Haciendo lo mismo.)* Otras quinientas, y éstas son más castizas, porque son de Pamplona.

AND. Ea, pues vamos.

MARQ. Vamos.

AND. *(A Julia.)* Parienta, échale un ojo al beaterio.

JULIA. Sí, hombre. *(Se van por la segunda puerta de la izquierda el Marqués y Andrés.)*

MERCE. Se han juntado el hambre con las ganas de comer.

JULIA. Es verdad. Bueno, y cuéntame, mujer: ¿qué te han dicho del traje y de las joyas?...

MERCE. ¡Chica, qué éxito!

JULIA. Sí, ¿eh?

MERCE. Vengo de lo más hueca. ¡Me han echado una de piropos!... Y uno de ellos, sobre todo... ¡Vaya una flor bonita!

JULIA. ¿A ver, a ver?

MERCE. Me han dicho que me parezco a ti.

JULIA. ¡Vaya!

MERCE. Y aunque no fuera más que por eso, no me olvidaría nunca del día de hoy. Cuando se tiene una madrecita tan buena, tan guapa, tan... chipén, como diría Andrés latinizando, ¡pro-

duce un orgullo el oír decir que nos parecemos a ella!

JULIA. Lisonjera...

MERCE. No es lisonja, es cariño, cariño... *(Se sienta en las rodillas de Julia.)*

JULIA. Mujer, por Dios, que vas a chafarte el vestido...

MERCE. ¿Qué me importa?

JULIA. Es que luego, en la fiesta del Ritz...

MERCE. Para mí no hay mejor fiesta que la de estar así, como cuando era niña.

JULIA. ¡Mercedes!... Dices bien: siempre así, siempre juntas, siempre unidas por el mismo cariño y la misma confianza...

MERCE. Yo la tengo ciega en ti. Y en prueba de ello, ahora que estamos solas, voy a decirte algo que hace tiempo quiero decirte.

JULIA. ¡Mira qué casualidad! Yo también tengo un secretillo que confesarte.

MERCE. Pues anda.

JULIA. No; tú primero.

RICAR. *(Desde la puerta de la derecha.)* ¡Vaya un cuadro para una primera medalla!

MERCE. *(Saliéndole al encuentro.)* ¡Hola, hombre!

RICAR. ¿Estaban ustedes de confidencias?...

MERCE. No... nada de eso. Le enseñaba a mamá el "pendentiff" que has tenido la amabilidad de regalarme, y ya me disponía a decirle que estaba disgustadísima conmigo, porque eran las tantas de la tarde y aún no habías venido a felicitarme.

RICAR. ¿Cómo que no? ¡Pero si antes he estado aquí!... ¿No te ha dicho tu madre...?

MERCE. Ni una palabra.

JULIA. Perdóneme, Aguilares; se me fué el santo al cielo.

RICAR. Ya ves que eres injusta conmigo. No sólo vengo aquí, sino que también pienso ir al Ritz a gozar de tu triunfo.

MERCE. ¿De veras? Sabe Dios a qué hora iremos nosotras.

RICAR. ¿Por qué?

MERCE. Porque ya ves cómo está mamá. No ha pensado en vestirse todavía.

JULIA. Ya sabes que eso, para mí, es cuestión de un minuto. Y puesto que te dejo en buena compañía, voy a hacerlo ahora mismo. Hasta luego, Ricardo.

RICAR. *(Aparte a Julia.)* ¿Le has dicho?...

JULIA. Aún no.

MERCE. No tardes, ¿eh?

JULIA. Bien, pero te advierto que es muy temprano. *(Se va por la primera puerta de la izquierda.)*

RICAR. Venga usted acá, señora, para que yo la admire a mis anchas.

MERCE. ¿Qué, te gusta el traje?

RICAR. Me gusta el traje y me encanta el maniquí.

MERCE. ¡Tonto!

RICAR. ¡Ay! ¡Quién había de pensar que aquella muñeca había de convertirse tan pronto en esta mujercita adorable!...

MERCE. No sabes las ganas que tenía de ello. Estaba ya cansada de que me trataran ustedes como a una chiquilla, especialmente tú.

RICAR. Así sois las mujeres. De niñas deseáis ser viejas, y cuando llegáis a viejas, todo vuestro empeño es aparentar que sois unas criaturitas. Pues mira: tú, aunque te empeñes, no serás para mí nunca ni niña, ni mujer; ni joven, ni vieja, sino lo que eres: algo sin edad, sin sexo, sin forma; es decir, un ángel.

MERCE. ¡Vaya una salida: yo creía que hablabas con seriedad!

RICAR. Con seriedad y hasta con tristeza, porque esta conversación me sabe como una despedida, como al fin de nuestro amistad.

MERCE. ¿Eh?

RICAR. Al hacer tu entrada en el mundo, donde estarás solicitada y perseguida, tendrás pronto nuevas amistades, que serán más gratas para ti que las antiguas visitas de tu casa.

MERCE. ¡Hombre, me gusta!... ¡Muy bonito!

RICAR. Además, supongo que no tardarás en encontrar al amigo... o lo que sea...

MERCE. Vamos, dilo claro, no te andes con rodeos. Lo que piensas darme a enteder es que yo soy una estúpida insustancial, que al ponerse el primer traje largo... se propone hacer de él un cebo para pescar un novio.

RICAR. No he dicho eso.

MERCE. Pero lo estás pensando, y eso, Ricardo, es agraviarme a mí y agraviar también a la que me ha enseñado a considerarte como el mejor de nuestros amigos, como a la persona a quien debemos nuestra fortuna, nuestro bienestar...

RICAR. ¡Por Dios!

MERCE. A quien debemos querer siempre.

RICAR. Eso, sí.

MERCE. ¿Y crees que yo, por haber cambiado de traje, voy a cambiar también de corazón? Eres un ingrato, Ricardo; me has ofendido, además de darme un desengaño. Cuando supones que yo voy a olvidarme de tu amistad, debe ser porque tú te has olvidado ya de la mía.

RICAR. *(Riendo.)* ¡Qué cosas dices! Mi amistad... ¡qué digo mi amistad!, mi cariño hacia ti, Mercedes, es mucho más grande de lo que tú te figuras; no puede ni compararse con el que tú puedas tenerme.

MERCE. Si lo pusiéramos a prueba...

RICAR. No hagas que te coja la palabra, porque puede llegar ese caso.

MERCE. ¿Qué dices?

RICAR. Que tal vez no está muy distante el día de la prueba.

MERCE. No te entiendo; habla claro. ¿De qué se trata?

RICAR. De algo que ha de indicarme claramente si es verdad que me quieres tanto como aseguras.

MERCE. ¿Puedes dudarlo?

RICAR. Obras son amores... Esperemos a las obras.

MERCE. Eso es lo que yo no quiero: esperar. Vas a decirme ahora mismo qué secreto es ése.

RICAR. No soy el que debe revelártelo, sino tu madre.

MERCE. ¿Se relaciona con ella?...

RICAR. Con ella y contigo y conmigo.

MERCE. ¡Con los tres!... Será una cosa agradable, por supuesto...

RICAR. Según.

MERCE. ¿Cómo?

RICAR. Para mí no puede serlo más; falta saber si para ti lo será igualmente.

MERCE. ¿Podía ver yo con malos ojos lo que a ti te satisface?...

RICAR. No anticipemos juicios. Vuelvo a decirte que se trata de que me des una prueba de afecto grande, muy grande. . Veremos si te niegas a dármela.

MERCE. Para que yo me resistiera a ese deseo tuyo sería preciso que tú dejaras de ser... tú; es decir, que fueras capaz de pedirme algo que no pudiera concederte. Y eso no es posible. Tú eres el hombre más excelente que yo he conocido, el más noble de todos, y yo te quiero no sé si como a un padre o a un hermano o a un amigo; pero mucho, todo lo que puedo querer... Porque lo mereces, porque eres generoso y bueno... ¡Porque creo en ti!

RICAR. *(Contentísimo, medio abrazándola.)* Sigue... sigue... Cuando me hablas de ese modo se disipa mi temor; creo que, efectivamente, no hay motivo para que puedas disgustarte.

MERCE. ¿Disgustarme? ¿De qué? Por Dios, explícame lo que quieres decir. Vas a hacerme que piense alguna locura...

RICAR. ¡Ay, si yo estuviera seguro de que no había de parecértelo!

MERCE. Por grande que sea lo que tú no quieres descubrirme, no lo será tanto como lo que me estás haciendo sospechar.

RICAR. ¿Qué sospechas?

MERCE. ¡No... nada!... ¡Eso no puede ser!. . ¿Verdad?

RICAR. ¡Quién sabe!... ¡Quizá lo sea!

MERCE. *(Ruborizada.)* ¡Ricardo!

RICAR. Aquí viene tu madre; ella te dirá lo que yo no he sido capaz de decirte.

MERCE. *(Encandilada, sorprendida gratamente.)* ¡Ah!...

JULIA. *(Entrando por la primera puerta de la izquierda, se ha cambiado de traje.)* Me parece que he tardado bien poco.

RICAR. En efecto.

JULIA. Desde mi cuarto se oye el jaleo que tienen armado en el billar, Andrés y el abuelo.

RICAR. ¿Cómo? ¿Están ahí?

JULIA. Sí; están ventilando una apuesta de quinientas pesetas.

RICAR. Voy a saludar al Marqués.

MERCE. Iba yo a proponerte que lo hicieras para que no presenciaras nuestra conversación.

JULIA. *(Con extrañeza.)* ¿Qué conversación?

MERCE. La que debemos tener, según él.

RICAR. *(A Julia.)* Acabo de decirle que tiene usted un secreto que revelarle.

JULIA. ¡Ah! ¿Le ha dicho...?

RICAR. Sí, Julia; ya es preciso que lo sepa. Hasta luego. *(Se va por la segunda puerta de la izquierda.)*

MERCE. Habla pronto, mamá; habla pronto... No sabes lo nerviosa que estoy.

JULIA. ¿Nerviosa?... ¿Por qué?

MERCE. Porque... creo que adivino lo que vas a revelarme.

JULIA. ¿Es posible?

MERCE. Ricardo me lo ha hecho sospechar, y no sé lo que siento desde que lo presumo... si es placer o dolor, o angustia o incertidumbre, o alegría... o todo a la vez... Sé únicamente que el corazón quiere escapárseme del pecho. Vamos, descúbreme en seguida el secreto .. o mejor dicho, no me lo descubras; calla, calla, porque temo que va a faltarme valor para oírlo de tu boca.

JULIA. No te exaltes así.

MERCE. ¿Acaso no tengo motivo?

JULIA. Quizá.

MERCE. ¡Qué felices vamos a ser los tres! ¿No es verdad, madre?

JULIA. ¡Ya lo creo!

MERCE. ¿Pero tú no me querrás menos por eso?

JULIA. ¿Puedes pensarlo? Te querré más.

MERCE. ¡Así! ¡Así!

JULIA. Tú no te imaginas lo dichosa que soy oyéndote. ¿De modo que... eso que te figuras no te produce disgusto?...

MERCE. Al contrario. Viene a realizar una ilusión...

JULIA. ¿Es posible, Mercedes?

MERCE. La más querida de mis ilusiones. Desde hace tiempo...

JULIA. ¿Eh?... ¿Pero es que antes de ahora has sospechado?

MERCE. No te enfades conmigo por no haberte hecho la confidencia, pero hace tiempo que vengo sospechando...

JULIA. ¡Ah! Pícara, y nosotros que creíamos tenerlo tan oculto...

MERCE. Eso no se oculta nunca del todo.

JULIA. *(Riéndose.)* ¡Mire la marisabidilla qué sentencias saca! Eso te lo han enseñado las novelas que te trae Ricardo...

MERCE. No hay mejor novela que la que escribe el propio corazón, y todos tenemos la nuestra más interesante y más hermosa que las que se leen en los libros.

JULIA. ¡Jesús! ¡Jesús! Me dejas asombrada. Nunca me has hablado así. ¿Pero es que tú...?

MERCE. ¿Eh?

JULIA. ¿Es que tu alma presiente ya lo que es amor?

MERCE. Sí, madre, sí; lo presiente. ¡Lo sabe!

JULIA. *(Alarmada.)* ¿Eh? ¿Pero es que tú...? ¿Tú quieres?...

MERCE. ¡Cuanto se puede querer a un hombre, madre!...

JULIA. ¿Eh?

MERCE. Y no de ahora, sino desde hace tiempo. Yo creo que este cariño nació conmigo, porque empecé a darme cuenta de él cuando era tan pequeña que me avergonzaba de confesármelo a mí misma. ¿Cómo había de decírselo a na-

die, ni a ti siquiera? Hoy ya es otra cosa: ya soy una mujer, ya no tengo que avergonzarme, contigo, por lo menos, de confesar que estoy enamorada. Y te lo confieso para que comprendas cuál habrá sido mi alegría al ver que el sueño de mi infancia se ha convertido en realidad, porque mi Príncipe deseado llega como yo la imaginaba en mis quimeras de niña: llega enviado por mi hada bienhechora, llega de la mano de mi propia madre, de mi madrecita adorada.

JULIA. Pero expliquémonos, Mercedes, expliquémonos con claridad, por Dios. ¿De quién crees que hablo yo?

MERCE. ¿De quién has de hablar sino de mí y de Ricardo?... ¿No te dije que le quiero con toda mi alma?

JULIA. *(Aterrada.)* ¿Tú? *(Por la segunda puerta de la izquierda entran en escena Ricardo, Andrés y el Marqués.)*

MERCE. *(Al ver a Ricardo.)* (¡El!... ¡Qué vergüenza!...) *(Se separa de Julia.)*

AND. *(Que viene muy contento, tarareando cualquier canción popular, se acerca al mueble donde quedaron los billetes de la apuesta y se los guarda diciendo.)* "Billetibus ad carteran mean."

MARQ. ¡Ah! Pero ¿es que se los vas a llevar?...

AND. ¡Naturalmente! Como que he ganado la apuesta. Estas beatas de Pamplona han subido al cielo, querido Marqués.

MARQ. ¡Valiente fresco!... *(Siguen hablando.)*

RICAR. *(Acercándose a Julia.)* ¿Le dijiste ya?...

JULIA. ¡No! ¡Ni se lo diré nunca!

RICAR. ¿Por qué?

JULIA. ¡Porque nuestro amor ha muerto! ¡Olvídate de mí!

RICAR. ¿Eh?

JULIA. ¡Para siempre, Ricardo, para siempre!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día. En el mes de octubre.

(Al levantarse el telón está en escena el Marqués, leyendo un periódico. Por la izquierda, segunda puerta, entra en escena Romana, doncella joven, algo fea y tan estirada y atildada como acursilada.)

ROMA. ¿Se puede?

MARQ. Adelante.

ROMA. Perdone el señor Conde, pero...

MARQ. *(Atajándola.)* Marqués, muchacha; Marqués.

ROMA. Perdone el señor Marqués, creí que era Conde. Como soy nueva en la casa...

MARQ. *(Cambiándose de quevedos y fijándose en ella.)* ¿Eh? En efecto, es la primera vez que la veo... (Es bastante fea.) *(Se quita los quevedos.)*

ROMA. He sido admitida ayer, cuando los señores retornaron de su viaje, y hasta hoy no he inaugurado mis humildes servicios

MARQ. *(Sorprendido.)* ¡Caramba! ¡Muy bien!... ¿Y cómo se llama usted?

ROMA. Romana, para servir al señor Marqués. En algunas casas, en vez de Romana me han llamado Ramona, y yo lo he tolerado sin disgustarme; al fin y al cabo eran las mismas letras, si bien, combinadas las vocales de manera distinta. En vez de o-a-a, a-o-a. Por eso yo pensé: ¿qué más da? ¿No es verdá?

MARQ. Claro está; que más da a-o-a que o-a-a.

ROMA. El orden de factores no altera el producto, y el producto era yo.

MARQ. ¡Caramba! ¿Y de dónde es producto ese producto?

ROMA. ¿Cómo?

MARQ. ¿Que si es usted de aquí?

ROMA. No, señor; madrileña no soy, no soy de Madrid.

Soy de allende los mares; un allende cercano, pero allende. Soy canaria.

MARQ. ¡Hola!

ROMA. Nacida en Acentejo. Allí están mis hermanos todavía; pero tendrán que emigrar, como yo, porque en Acentejo no hacen nada.

MARQ. ¡Hombre!

ROMA. Aquello está incapaz. A mí me dijeron los míos... "Romana, tienes educación y buen gusto..."

MARQ. ¡Ah!

ROMA. Sabes expresarte con la corrección necesaria...

MARQ. ¡Quién lo duda!...

ROMA. Sabes agradar, porque contigo nacieron la exquisitez y la delicadeza...

MARQ. ¡Oh!

ROMA. "Vete por el mundo, ponte a servir, y puede que labres tu suerte. Tal vez encuentres en tu camino al hombre maduro que se enamore de tus prendas morales y te haga feliz, porque aunque no eres bonita, tu cuerpo es cimbreño y las formas son esculturales."

MARQ. ¡Caramba!

ROMA. Además, que, ya lo sabe el señor, en cuestiones de gusto... ¿verdad?

MARQ. Sí, ya lo dijo el latino: "De gustibus non est disputando".

ROMA. Sí, señor. *(Se sonríe tiernamente y le suspira.)*

MARQ. Bueno... ¿Y qué venía usted a decirme cuando entró?

ROMA. Que le llamaban por teléfono desde Pamplona.

MARQ. *(Pegando un salto.)* ¡Pero criatura!... ¿Y me lo dice usted ahora? ¡Vamos, hombre!... *(Haciendo mutis por la segunda puerta de la izquierda.)* (¡Esta canaria es una pájara!...) *(Vase.)*

ROMA. *(Viéndole ir con pena.)* Nada, como todos; huye de mí. Está visto que no tengo gancho. Esto ya va picando en historia. Acabaré neurasténica. *(Se dispone a hacer mutis por la derecha, y se detiene al ver entrar a Andrés.)*

AND. Buenas.
ROMA. Para servir al señor.
AND. ¿Quién hay en la casa?
ROMA. El señor Marqués y su nieta, la señorita Julia.
AND. Dirá usted la señorita Mercedes.
ROMA. En efecto. Perdone el señor; he confundido los nombres. ¡Cómo soy nueva en la casa!...
AND. ¡Ah! Es usted nueva...
ROMA. He debutado hoy.
AND. *(Graciosamente sorprendido.)* ¡Hombre, no está mal eso; debutar de doncella!... Bien, joven debutante...
ROMA. Mi nombre es Romana.
AND. ¡Eh! ¡Romana!... ¡Caramba! .. Me gusta el nombre.
ROMA. A mí, no; pero, en fin, ya dijo el latino que de "gustibus non est disputando".
AND. *(Boquiabierto, asombrado, casi en un grito.)* ¡¡Romana!!
ROMA. *(Un poco asustada.)* ¡Ay!
AND. *(Con énfasis y abrochándose la americana nerviosamente.)* ¡¡Vuelva usted a decir eso!!
ROMA. *(Cada vez más asustada.)* ¡Por Dios, señorito, que yo no he querido molestarle!
AND. ¡Venga usted aquí!
ROMA. *(Retrocediendo.)* ¡Ay, no, señor!... ¡No, señor!...
AND. *(Yendo hacia ella.)* ¡Pero malhaya sea Papiniano!...
ROMA. ¡Ay!... *(Da un grito y hace mutis por la derecha.)*
MARQ. *(Al mismo tiempo por la izquierda, segunda puerta.)* ¿Qué sucede?
AND. Esa criatura, que me ha dejado con la boca abierta. Figúrate, Romana y latineando...
MARQ. Esa, con tal de hablar, habla hasta en griego. ¡Demonio de mujer!... Nada, que me ha hecho perder una conferencia que tenía con Pamplona. ¡Y si al menos fuera bonita!...
AND. No, bonita no es; pero se ve que es inteligente;

el latín lo ha pronunciado con una corrección de pedagoga.

MARQ. *(Con extrañeza.)* ¿Eh?

AND. ¿He dicho alguna tontería?... Es pedágoga, ¿no?

MARQ. No, hombre, no; está bien dicho: pedagoga.

AND. Menos mal. No, si algunas veces acierto; pero como me miraste con extrañeza...

MARQ. Me extrañaba esa palabra en tus labios.

AND. ¡Ah! Y dime, ¿qué novedad hay por aquí? ¿Han descansado esas viajeras?... *(Cambiando de tono y con cierto misterio.)* ¿Sabes algo nuevo?...

MARQ. Nada. Pero no te esfuerces en bajar la voz; Julia ha salido y Mercedes está en sus habitaciones...

AND. Celebro que podamos charlar tranquilamente.

MARQ. ¿Has hecho tú algo?

AND. Satisfacer los deseos de Mercedes, que no es poco. Dentro de unos minutos vendrá Ricardo a hablar con ella.

MARQ. ¿Qué habrá ocurrido aquí, Andrés? Por más que le doy vueltas no adivino... A ellas es vano preguntarles nada; lo he intentado alguna vez y no he logrado arrancarles ninguna confesión. Y, sin embargo... Porque, mira, el que se hayan pasado el verano en el extranjero de la Ceca a la Meca y no en San Sebastián, como tenían costumbre, es algo raro, ¿verdad?

AND. En efecto.

MARQ. El que Ricardo, el íntimo de la casa, no haya vuelto a poner los pies en ella, es más raro aún, ¿no te parece?...

AND. ¡Quién lo duda!... Escucha: ¿tampoco han mantenido corespondencia con él durante el viaje?...

MARQ. Tampoco. Puedo asegurártelo. Yo he vigilado constantemente... y nada.

AND. Es extraordinario.

MARQ. Además, ese velo de tristeza que las dos tra-

tan de disimular... No estoy tranquilo. Andresillo; no estoy tranquilo. *(Pausa.)* ¿Tú sigues creyendo que Mercedes está enamorada de Ricardo?

AND. Estoy seguro. Ahora que...

MARQ. ¿Qué?

AND. Que al hablar esta mañana con él, al decirle que Julia y Mercedes habían vuelto, al anunciarle que Mercedes le recibiría aquí esta tarde para hablar con él a solas, no he visto en él lo que yo esperaba. Porque, mira, si ella le quiere y él lo sabe... ¿eh? Al decirle yo... ¿eh?... ¿Verdad? Pero no... ¡Quiá! Nada. Palabras corteses, demostraciones del más fino agradecimiento ¡Nada! Frialdad: una frialdad de estuco.

MARQ. Tú esperabas otra cosa.

AND. Yo esperaba gritos de entusiasmo, exclamaciones de júbilo, saltos de alegría... ¡Ah! ¡Ella!... ¡Por fin!... ¡Voy a verla! ¡Gracias!... ¡Dios mío!... ¡Ah! ¡¡Ah!!... Vamos, calor, fuego, "ardentía verba", que dijo el clásico.

MARQ. ¡Qué ardentía ni qué rábanos, hombre!

AND. ¡Válgame Dios! Ya la metí.

MARQ. Ardéntia... ¡¡Ardéntia!!... Ardentía es la otra, la del bicarbonato.

AND. Sí; tienes razón; uno se confunde...

MARQ. En fin, estoy disgustado, Andresillo. Con unas cosas y con otras, pasa el tiempo y no veo a Mercedes en camino de proporcionarme el único bien que ambiciono: un biznieto.

AND. ¡Atiza!

MARQ. ¿Qué quieres? Es la única ilusión que me liga a la vida: conocer al que ha de ser en su día marqués de Piedraherrada.

AND. Lo conseguirás, hombre, lo conseguirás. Estás bueno y fuerte, y como no has hecho en toda tu vida otra cosa que divertirte y proporcionarte buenos ratos...

MARQ. *(Un poco quemado.)* ¡Caramba! No parece sino que tú te matas trabajando.

AND. ¡Yo qué he de trabajar! Yo no soy más que un estúpido, ignorante, majadero y vago...

MARQ. Hombre, pues aún estás a tiempo... Porque con treinta años...

AND. Eso digo yo, y el mejor día .., en serio: el mejor día cierro los ojos y me dedico a aprender algo útil. El latín, lo primero. "Primerus latinen aprendivit". ¿Eh? ¿Está bien construído? Sujeto, verbo y eso otro, como se llame. ¿Cómo se llama, hombre?

MARQ. *(Riendo.)* ¡Ay, Andresillo!... Si no fueras tan, tan...

AND. No campanees.

MARQ. Tan tarambana.

AND. ¿Qué?

MARQ. Y si a ti te gustase Mercedes...

AND. Mira, no me toques ese punto, porque, vamos, es como si aplicaras una mecha a un barril de pólvora.

MARQ. ¿Eh? ¿Qué me quieres decir?

AND. ¡Si a mí me gustara Mercedes! Pero, hombre, si a mí me gusta más que el arroz a banda, que es mi plato favorito.

MARQ. ¡Hola!

AND. Sin saludos.

MARQ. ¿Cómo?

AND. Que sin aspavientos, hombre. Me gusta Mercedes, ¿lo oyes bien? Me gusta Mercedes. Y yo siento haber tirado mi fortuna, porque me gusta Mercedes; y yo siento ser como soy, un abúlico, golfo, vago, sinvergüenza, porque me gusta Mercedes. ¡Malhaya sea el sarampión que no me quitó del mundo!... Pero si yo no me conociera como me conozco y comprendiera que soy incapaz de los Sacramentos, ¿crees tú que iba a quitármela nadie? Vamos, hombre; ni Ricardito, ni San Ricardo, porque a bofetones, a mordiscos, a tiros se la disputaría al Cid que resucitara.

MARQ. ¡¡Andresillo!!

AND. Lo que sucede es que no puede ser, que yo

no .. ¿Dónde voy yo a ...? "Cojito ergo sum". Conócete a ti mismo, que dijo Aristóteles.

MARQ. No sabes la satisfacción que me estás dando al decirme esas cosas, Andresillo.

AND. Pues no te hagas ilusiones. Ya sé por dónde vas, y "nequaquam". El futuro marqués de Piedraherrada no se llamará Andrés Montemuro ni será conde de Casaldomiro.

MARQ. ¿Por qué?

AND. Porque no, hombre, porque no.

MARQ. Pero escucha: ni Mercedes ni Julia sospechan que a ti te gusta...

AND. Mercedes, ni por asomo; Julia, sí.

MARQ. ¿Eh?...

AND. Por eso le di mi palabra de honor de que nunca le haría el amor a Mercedes.

MARQ. *(Retrocediendo anonadado.)* ¿Que le has dado tu palabra...?

AND. De honor, sí, hombre, ¡de honor!, que ya sabes lo que significa eso para mí. Porque yo no tengo un concepto muy alto de mí mismo; estoy seguro de que mis gloriosos ascendientes deben estar furiosos conmigo, si en el otro mundo tienen noticias de lo poco que ilustro el nombre que me dejaron; pero hay una cosa, una cosa nada más, en la cual soy digno de ellos: en el culto a mi palabra. Debe ser algo que llevo en la sangre, una especie de atavismo de raza. Cuando doy una palabra de honor, me veo atado a ella por un lazo de hierro. Habría de dársela a..., ¿a quién te diría yo?, a lo que más odio en el mundo: a un prestamista, y creo que sería capaz hasta... de pagarle puntualmente. *(Rumor de voces dentro.)*

MARQ. Cuidado, Mercedes...

MERCE. *(Entrando por la segunda puerta de la izquierda.)* Hola...

AND. Dios te guarde, mujer.

MERCE. *(A Andrés, con cierta ansiedad.)* ¿Qué, has hecho mi encargo?...

AND. Y a las mil maravillas. Para eso de corre, vé y dile a Ricardo que venga a verme, me pinto solo y hasta me barnizo. Claro que el papelito no es muy "cuchet", que digamos; pero, ¡qué diantre!, hoy por ti, mañana por mí, "Odie mei cras te tibi", que dijo Tito Livio.

MARQ. ¡Qué bárbaro!

MERCE. Bueno; ¿pero él...?

AND. A las cinco estará aquí.

MERCE. Es que las cinco son ya.

AND. Que te lo crees tú. *(Consultando su reloj.)* Por el Banco faltan sus buenos cinco minutos.

MERCE. Te advierto que el Banco adelanta.

AND. ¡Qué va a adelantar! ¡Apañado es el Banco! No adelanta ni eso siquiera.

MERCE. Pero escucha, ¿él te dijo...?

AND. ¡Y dale bola! Que vendría.

MERCE. Es que temo... Porque mamá, en vez de ir a las cuatro y media a casa de la modista, ha ido a las cuatro, y si vuelve antes de lo que yo creía...

AND. ¡Bah! No te preocupes.

ROMA. *(Por la derecha.)* Señorita...

MERCE. ¿Eh?

AND. (La latina.)

MERCE. ¿Qué, Romana? Diga.

ROMA. No sé si debo...

MERCE. ¿Eh?...

ROMA. Como soy nueva en la casa y desconozco las costumbres... *(Le guiña maliciosamente.)*

MERCE. ¿Qué?... Diga sin temor lo que sea.

ROMA. Pues que... *(Vuelve a guiñarle.)*

MERCE. ¿Eh? ¡A mí guiños, no! Hable usted.

ROMA Que ahí está... *(Nuevos guiños.)*

MARQ. Que ahí está Ricardo, mujer. Ya ella habrá charlado con él y le habrá dicho que es de de Canarias y que de formas no está mal. ¡A que sí! El otro habrá preguntado con cierto temor si está o no en casa Julia, y ésta ha vislumbrado el lío, el misterio o qué sé yo. ¿Eh? ¿Me equivoco? Ande, ande; diga a ese señor que

pase. Y otra vez no le haga aguardar: es un amigo de la casa que puede entrar en ella siempre que quiera.

ROMA. Perfectamente. *(Inicia el mutis.)*

AND. Oiga. *(Romana se detiene.)* Luego, haga el favor de llevarme a la biblioteca un refresquito.

ROMA. El señor dirá de qué...

AND. Me da lo mismo. "Ad libitum".

ROMA. ¿Lo quiere de "non plus ultra"?

AND. "Verbi gratia".

ROMA. Pues "ipso facto". *(Se va por la derecha.)*

AND. Nada, que pronuncia mejor que Merry del Val.

MARQ. En la biblioteca estamos, Merceditas; y... a ver si se aclaran las cosas, mujer.

MERCE. Ese es mi deseo. Hasta luego.

AND. *(Al Marqués, iniciando el mutis.)* ¡Ay, marqués!... "Sic vos non vobis"

MARQ. ¡Caramba! ¿A que no me traduces eso bien traducido?

AND. Pero, hombre, si se cae de su peso: que tú no eres bobo, como otros.

MARQ. Tú llevas dentro el alma de Horacio. Hay que creer en la metempsicosis. *(Mutis por la izquierda, segunda puerta.)*

MERCE. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* ¿Eh?... Sí... Estoy menos nerviosa de lo que yo creía...

RICAR. *(Entrando en escena.)* ¡Mercedes!...

MERCE. ¡Ricardo!... *(Cambian un efusivo apretón de manos.)*

ROMA. *(Saliendo.)* Todos tienen más gancho que yo. *(Mutis por la izquierda.)*

MERCE. Pero, ¡hombre, gracias a Dios que puedo hablarte! ¡Las cosas que he tenido que hacer para conseguirlo!

RICAR. Yo también lo deseaba ardientemente.

MERCE. Pues hijo, mal se conoce, porque ni antes ni después de nuestro viaje has hecho nada por encontrarte conmigo.

RICAR. ¿Acaso ignoras que me está prohibido venir a esta casa?

MERCE. La prueba de que no lo ignoro es que he buscado esta ocasion de verte, en ausencia de mi madre, porque necesito que me expliques lo que ocurre.

RICAR. ¿Yo a tí?... Tú eres quien debe saberlo, puesto que vives con ella...

MERCE. Mi madre no me dice la verdad, o, por lo menos, no me la dice del todo. Y yo no puedo seguir así. Necesito descubrir qué misterio es éste. Es imposible que tú no sepas...

RICAR. *(Turbado.)* Nada sé, te lo aseguro.

MERCE. Aunque me lo jurases no te creería. Algo grave, muy grave, tiene que haber sucedido para que te hayas cerrado esta puerta. Tú has sido siempre nuestro mejor amigo; mamá tenía en tí una confianza absoluta. ¿Qué ha podido pasar para que todo esto se termine, hasta el punto de que no puedas entrar en una casa que mirabas como tuya? No vuelvas a decirme que no lo sabes, porque va a darme mucha pena tener que echarte en cara que no eres sincero, que faltas a la verdad.

RICAR. Pues bien, no quiero seguir negándotelo. Algo sé, pero lo que sé no justifica la actitud de tu madre hacia mí.

MERCE. Habla, por Dios.

RICAR. Hablaré, sí; y ¡ojalá lo hubiera hecho antes!... La primera vez que quisiste saberlo... el día en que te presentaste en sociedad. ¿No recuerdas?...

MERCE. ¿Era eso lo que no acabaste de decirme la última vez que hablamos? Pues entonces tengo doble interés en que me lo digas. ¿Qué secreto existe entre mi madre y tú?

RICAR. Uno que te hemos ocultado cuidadosamente hasta ahora; el más dulce de los secretos, porque de él depende nuestra felicidad.

MERCE. ¿Eh?

RICAR. Ella y yo nos queremos desde hace mucho tiempo...

MERCE. ¡Dios mío!...

RICAR. Teníamos concertado casarnos tan pronto como tú fueras una mujer. Ella no quería decírtelo antes. Por eso aguardábamos a... Pero ¿qué tienes, Mercedes?

MERCE. No, nada..., no es nada... La sorpresa... Sigue, sigue...

RICAR. Ya te lo he dicho todo: que precisamente el día que debía ser el más dichoso de mi existencia, el día en que íbamos a publicar nuestro cariño, fué cuando tu madre, sin causa que lo justificara, me dijo que todo había acabado entre nosotros, y poco menos que me arrojó de esta casa.

MERCE. *(Aturdida, amonadada.)* ¿De modo... que tú querías a...?

RICAR. Con toda la ilusión del primer amor de mi vida. Y ella a mí también, Mercedes. No es presunción vanidosa. Me lo ha jurado durante tres años seguidos..., ¡y ella no miente!

MERCE. Y todo acabó aquel día... ¡Aquel día!... Claro; lo comprendo.

RICAR. ¿Eh? ¿Qué comprendes..., qué?

MERCE. No me hagas caso... No sé lo que digo.

RICAR. ¡Mercedes!

MERCE. Tú sospecharás seguramente que la causa de todo soy yo, ¿no es verdad?

RICAR. Tal vez; causa involuntaria, sin duda, pero causa al fin. Nuestra única nube era el temor que tenía tu madre a descubrirte nuestro cariño. Presentía que tú no ibas a mirarlo con buenos ojos; por eso se resistía a mi ruego constante... Y ya ves que no la engañaba el presentimiento, porque fué justamente al ir a pedir tu aquiescencia para nuestra unión cuando ésta se deshizo... No te culpo, Mercedes. ¿Cómo he de culparte? Pero parece que, por una fatalidad incomprensible, eres tú, tú, la que yo deseaba que hubiera sido el ángel

de mi felicidad, el obstáculo que se opone a ella... En el misterio impenetrable que me rodea, es tu nombre el que, por una u otra causa, me sale siempre al paso. ¿Qué más? La única explicación que he podido obtener de tu madre después de esta ruptura ha sido la que me daba en la carta que me escribió antes de vuestro viaje. "Nuestra boda es imposible", me decía, "por lo menos, hasta que mi hija se haya casado".

MERCE. ¿Eh? ¿Eso te ha dicho?

RICAR. Sí.

MERCE. ¡Lo comprendo también!

RICAR. ¿Sabes lo que significa?...

MERCE. ¡No!... No te fijes en mis palabras... Estoy un poco nerviosa y digo frases sin sentido... Sé únicamente, Ricardo, que yo no seré nunca un obstáculo al amor de mi madre... ¡¡ni al tuyo!!

RICAR. ¿De veras?

MERCE. ¡Te lo juro! Los dos tenéis derecho a ser felices. Para mí sería un remordimiento eterno ser yo, ¡yo!, la causa de vuestra desventura. Yo seré, desde ahora, quien proteja vuestro cariño. Mi madre será tu esposa. *(Pugna por no llorar.)*

RICAR. ¡Mercedes!

MERCE. Ese será desde hoy el objeto de mi vida, y el verlo realizado constituiría mi dicha, mi felicidad...

RICAR. Entonces... ¿por qué estás llorando?

MERCE. Porque una ilusión perdida cuesta siempre lágrimas.

RICAR. ¿Eh? ¿Qué quieres decir?... *(Rumor de voces dentro.)*

MERCE. ¡Dios mío!... ¡Ella!... Vete... Que no te vea, que no sepa que hemos hablado. Eso dificultaría mi plan.

RICAR. ¿Pero...?

MERCE. En la biblioteca están el abuelo y Andrés. Es-

pérame allí; luego te irás, cuando ella no te vea...

RICAR. ¡Mercedes!... *(Inicia el mutis por la segunda puerta izquierda.)*

MERCE. Confía en mí, Ricardo; confía en mí. *(Vase Ricardo. Pausa.)*

JULIA. *(Por la derecha.)* Hola... ¿Con quién hablabas?...

MERCE. Con nadie...

JULIA. *(Quitándose el sombrero.)* Me pareció...

MERCE. Contigo es con quien tengo que hablar, y muy despacio, por cierto, mamaíta.

JULIA. Y conmigo es precisamente con quien yo no quiero que hables. ¡Ya ves qué casualidad!

MERCE. ¿Por qué?

JULIA. Porque nosotras nos hemos dicho ya cuanto tenemos que decirnos.

MERCE. ¿Es que te niegas a que reanudemos nuestra conversación?

JULIA. Sí, Mercedes, sí; y eres cruel al pretenderlo. Debes comprender lo que me hace sufrir el tener que negarme...

MERCE. Que negarte... ¿a qué?

JULIA. A lo que vas a pedirme.

MERCE. ¡Ah! De manera que tú adivinas...

JULIA. Sí, y persuádete de que eso que quieres no puede ser, hija mía. Nuestra amistad con Ricardo ha concluído para siempre... Ni por su edad... ni por otras causas te conviene para marido, y el trato con un hombre hacia el que sientes inclinación y con el que no has de casarte no debe continuar. Es preciso que le olvides. . Y comprende lo penoso que tiene que ser para mí contrariarte en lo que sé que tanto te duele. Yo daría por complacerte cuanto tengo: mi felicidad, mi sangre, mi vida entera. No lo hago porque es imposible..., ¡imposible!

MERCE. Te he dejado decir cuanto has querido para demostrarte lo peligroso que es dejarse arrastrar por una suposición...

JULIA. ¿Eh? ¿Por una suposición?...

MERCE. Precisamente quería yo hablarte de todo lo contrario de lo que supones.

JULIA. No te entiendo.

MERCE. Mira, mamá: yo no hago más que pensar y pensar..., y empiezo a sospechar que he procedido con ligereza.

JULIA. ¿Con ligereza?... ¿En qué?

MERCE. En creer que estaba enamorada—vamos, enamorada verdaderamente—de Ricardo.

JULIA. ¿Es posible?

MERCE. Acaso, como tú me has dicho alguna vez, lo que yo creía que era un cariño imborrable, haya sido una impresión pasajera, una ilusioncilla... romántica, un capricho de chiquilla.

JULIA. *(Con alegría.)* ¿Qué estás diciendo?

MERCE. La verdad... Y es natural, después de todo. Apenas si he visto junto a mí a otro hombre que a Ricardo... Para una muchacha de mi edad el hombre que tiene más cerca es siempre el prometido, el deseado, el príncipe que nos trae el hada...

JULIA. Pero ¿habías con sinceridad?... ¿Es cierto lo que dices?... Si yo me convenciera de que eso es verdad, sería dichosa...

MERCE. Pues convéncete. Yo también estoy cada vez más convencida de que he hecho mal al descubrirte que quería a Ricardo.

JULIA. Eso, no. Tú debes tener siempre confianza en mí.

MERCE. Sí, madre; pero te he exagerado estúpidamente lo que sentía y ahora la reflexión, el tiempo transcurrido..., el viaje que acabamos de hacer..., el disgusto que ese cariño te producía... ¡Qué sé yo!... Todo ello me ha hecho ver claro...

JULIA. ¡Mercedes!

MERCE. ¿Cómo puede extrañarte que hayan influído en mí tus consejos; los consejos de una madre tan buena como tú?... ¿Crees que podría ser feliz casada con un hombre que no fuera

de tu agrado? Para ser dichosa del todo necesito que tú estés tan satisfecha como yo misma de mi elección... Además, que yo me había figurado, no sé por qué, que Ricardo me quería, y como eso no es cierto, comprenderás que no es natural que yo siga queriéndole a él... Pero todo esto es secundario. Lo que yo no quiero de ningún modo es causarte a ti un pesar, y puesto que no apruebas mi cariño, me lo arrancaré del alma...; es decir, no tendré que arrancármelo siquiera, porque se irá él solo, y se irá sin esfuerzo, sin dolor, sin que me cueste el menor sacrificio... *(Abrazando a su madre y haciendo esfuerzos para no llorar.)* ¿Qué significa la contrariedad de renunciar a un capricho, al lado de la ventura de poder decir: "He dado una alegría a mi madrecita de mi alma"?...

JULIA. ¿Y me lo dices llorando?... ¡Mercedes!... ¡Tú tratas de engañarme!...

MERCE. ¿Eh? ¿Yo?

JULIA. Sí, tú... ¿Con quién has hablado durante mi ausencia?... Responde...

MERCE. ¡Por Dios, madre!...

JULIA. Espera. *(Hace sonar un timbre.)*

MERCE. Pero ¿qué te figuras?... ¿Qué piensas?...

JULIA. Que me has desobedecido por primera vez en tu vida, Mercedes.

MERCE. Yo te aseguro...

JULIA. *(Al ver a Romana que entra en escena por la segunda puerta de la izquierda.)* ¡Aguarda!

ROMA. Señora...

JULIA. ¿Quién ha venido durante mi ausencia?...

ROMA. Pues... *(Mercedes hace guiños a Romana.)* el señor conde de Casaldomiro, llamado familiarmente el señorito Andrés, y... *(A un nuevo guiño de Mercedes.)* (¡A mí guiños, no!)

JULIA. ¿Y quién más?

ROMA. Y don Ricardo de Aguilares... *(Mercedes baja la cabeza avergonzada.)* Ambos están en la

biblioteca, con el señor marqués, discutiendo sobre Escipión Emiliano.

JULIA. Haga el favor de decir al señor Aguilares que le aguardo aquí; que deseo hablar con él. *(Romana se inclina reverenciosa, y se va.)*

MERCE. ¡Madre!... Escúchame...

JULIA. Ahora, no; después.

MERCE. Pero...

JULIA. Vete... Te lo suplico.

MERCE. Es que...

JULIA. ¡Te lo mando!... *(Mercedes inicia el mutis por la segunda puerta de la izquierda, y se detiene para dejar paso a Ricardo.)*

RICAR. *(Cabizbajo, preocupadísimo.)* ¡Julia!... *(A un gesto de Mercedes, Julia le indica que se marche, y Mercedes hace mutis por la puerta indicada.)*

JULIA. (¡Dios mío!)

RICAR. Usted dirá qué desea...

JULIA. Estamos solos. Puedes hablar sin temor. Explícame qué significa tu presencia aquí.

RICAR. No creo que necesito explicártela, puesto que acabas de estar con tu hija, que ha sido quien me ha llamado.

JULIA. ¡Ah! ¿Te llamó Mercedes?...

RICAR. Sí.

JULIA. ¿Y acudiste al llamamiento, a pesar de mi prohibición de que volvieras a entrar en esta casa?

RICAR. Sí, Julia, sí; porque hubiera venido igualmente sin que ella me llamase... Esta situación no puede prolongarse un día más. Llevo muchos meses de martirio...

JULIA. ¿Y piensas que yo no sufro tanto como tú?

RICAR. Pero tú sabes, por lo menos, a qué obedece todo esto. Yo no sé más sino que, después de tantos años de quererte, me has dicho, sin darme otra explicación: "Olvídate de mí; me vuelvo atrás de mi palabra; no llames a mi puerta siquiera." Comprende que esto no puede ser..., que no se juega así con la felicidad,

con la vida de un hombre..., porque has roto mi vida.

JULIA. ¿La tuya solamente?

RICAR. Eso es... una frase. ¿Qué prueba me das de que tu cariño era sincero, de que no me has engañado?...

JULIA. *(Con dignidad.)* Cuando tu corazón no me defiende, no he de intentar defenderme yo. ¿Crees que te he fingido un cariño que no sentía?... Está bien. Perdono la crueldad. Pero sal de aquí y no vuelvas nunca. Te lo ruego..., ¡te lo exijo!

RICAR. ¡Es lo único que sabes hacer!... ¡Arrojarme de tu lado!

JULIA. ¡Por Dios, Ricardo!... ¡Compadécete de mí!

RICAR. Pero ¿por qué ese empeño?...

JULIA. Porque yo no quiero que mi hija sepa jamás el lazo que nos ha unido...

RICAR. Tu hija lo sabe ya.

JULIA. ¿Eh?

RICAR. Acabo de descubrírselo...

JULIA. ¡¡Jesús!! ¿Qué has hecho, Ricardo?... ¿Qué has hecho? *(Anonadada.)*

RICAR. ¿Acaso tenía obligación de ocultárselo, y menos después de roto por ti nuestro compromiso? ¿Acaso debo avergonzarme de quererte? ¿Acaso tú no me has jurado mil veces que me correspondías?

JULIA. Mientras más verdadero sea nuestro cariño, mayor crimen has cometido sin sospecharlo.

RICAR. ¿Crimen?

JULIA. ¿No te lo parece haber destrozado su corazón?

RICAR. ¿Qué dices?

JULIA. Puesto que tú le has descubierto a ella tu secreto, ya puedo yo descubrirte a ti el suyo... ¿Quieres saber la causa de lo que sucede?... Pues bien, sábela: Mercedes te quiere.

RICAR. *(Asombrado.)* ¿Eh?

JULIA. Te quiere con toda su alma.

RICAR. ¡Eso no es posible!... ¿Quién te ha dicho...?

JULIA. Ella misma... En el momento de ir a confe-

sarle nuestro cariño. No me dió tiempo a que lo hiciera. Sin dejar que yo le descubriese mi secreto, me reveló ella el suyo. Las dos queríamos hablarnos de lo mismo, sin sospechar que aquella conversación, de la que ambas esperábamos la felicidad, tenía que ser nuestra desventura; porque no íbamos sino a disputarnos el bien que las dos deseábamos: tu cariño... Tu cariño, que ya no podía ser para ninguna: ni suyo, porque yo te quiero, ni mío... ¡porque te quiere ella!

RICAR. ¡Julia!... ¡Julia!...

JULIA. ¿Comprendes ya la injusticia con que me acusabas?

RICAR. ¡Perdóname!

JULIA. No tengo que perdonarte, Ricardo. Tus palabras me prueban que me quieres, que me has querido...; porque, a partir de este momento, nosotros no podemos querernos ya; tenemos que olvidar hasta el recuerdo de lo pasado... Y a mí me cuesta tanto trabajo como a ti renunciar a mi sueño, porque yo también te... *(Conteniéndose.)* ¡Yo también te quería!

RICAR. Cálmate, Julia. Hablemos serenamente...

JULIA. ¿Hablar?... ¿Acaso por mucho que hablemos vamos a encontrar salida al conflicto? Al contrario: debemos ahorrar palabras. Este problema no tiene más que una solución, y tú mismo vas a dármela contestando a la pregunta que voy a hacerte. A tu conciencia, a tu corazón, a tu hombría de bien entrego la respuesta. ¿Tú crees que puedo casarme contigo?

RICAR. ¡Julia!...

JULIA. Responde. ¿Tú crees que después de saber que mi hija te quiere, debo yo guardarte para mí?... ¿No te parece que sería monstruoso que ella y yo viviésemos a tu lado, y que ella viese que su madre le robaba el cariño en que había cifrado la felicidad? ¡Hija y madre rivales!... ¿No te espanta pensarlo?... ¡Habla,

Ricardo!... Contéstame mirándome a los ojos: ¿tú crees que yo puedo ser tu esposa?

RICAR. ¡¡No!!

JULIA. ¡Gracias!

RICAR. ¡Adiós, Julia!

JULIA. Adiós.

RICAR. Te dejo mi corazón. Llora sobre él. ¡Felices las mujeres que tenéis el consuelo de poder llorar!

JULIA. No he de llorar, Ricardo. El llanto en mis ojos le recordaría a Mercedes nuestro cariño..., y es preciso que nada se lo recuerde. *(Se miran, cambian un mudo y efusivo apretón de manos y, conmovidísimos y al par dueños de sí mismos, hacen mutis, Ricardo por la derecha, y Julia por la izquierda, primera puerta. Tras una breve pausa, entran en escena por la segunda puerta de la izquierda Mercedes, el Marqués y Andrés. Los tres vienen preocupadísimos.)*

MARQ. El "desideratum", como tú dirías.

AND. Yo lo diría traducido, que es más gráfico. ¡El desmiguen!

MERCE. *(Temerosa.)* ¡Por Dios!... *(Se acerca a la primera puerta de la izquierda, y observa.)* Se ha encerrado en su cuarto: podemos hablar.

MARQ. ¡Qué espanto!... Pero ¿qué tendrá ese Aguilares que las atonta de esa manera?

AND. Sí que la cosa es "sui géneris".

MARQ. ¿Cómo?

AND. Que la cosa es chocante. Las dos enamoradas de él...

MERCE. ¡Yo, no!

MARQ. ¿Eh?

MERCE. ¡No! Yo no estoy enamorada de Ricardo. Sería un horror que lo estuviese. Fué una ilusión de chiquilla; una ilusion que acarició creyendo que él me quería también... Confundí la clase de afectos... Yo no le quiero, no...; ¡no le quiero!!

MARQ. Vamos, vamos; cálmate.

MERCE. No puedo; me horroriza el pensar que soy el obstáculo que se opone a la ventura de mi madre, que estoy condenada al martirio de verla sufrir por mi causa...

MARQ. ¡Y dale! No pienses en eso, mujer. Claro que la situación es harto desagradable para ella y para ti... Y lo peor es que no tiene salida...

AND. ¡Ya lo creo que la tiene!

MERCE. ¿Eh?

AND. No te diré que sea fácil; pero puede haber una.

MERCE. ¿Cuál?

AND. ¿No nos has contado hace un instante que tu madre le escribió a Ricardo diciéndole que para que ella volviera a pensar en su boda sería preciso que tú te casaras antes?

MERCE. Sí.

AND. Pues eso. Para demostrarle que ni quieres a Ricardo ni te importa, cásate con otro.

MARQ. ¡Claro!

MERCE. ¡Claro!

AND. ¡Claro!

MERCE. Pues voy a casarme en seguida.

MARQ. ¿Con quién?

MERCE. Con cualquiera.

AND. Sí; con el primero que pase por la calle.

MERCE. Con el primero que pase por la calle, no; pero... *(Clavando los ojos en Andrés y tras una brevísima pausa.)* Andrés...

AND. ¡Zambomba!

MERCE. ¿Quieres que hablemos seriamente un minuto?

AND. Ni medio.

MERCE. ¿Eh?

AND. Que ni medio. La seriedad y yo estamos reñidos de "nativitatem".

MERCE. Déjate de bromas. Ya sabes que siempre he tenido simpatías por ti.

AND. Te correspondo "ex toto corde".

MERCE. Más que simpatías, cariño.

AND. Sigo "ex toto cordeando", pero no continúes por ese camino, porque... "vade retro".

MERCE. ¡Eh! ¿No serías tú capaz de prestarme un servicio?

AND. Eso, sí. Yo por ti llego al crimen y soy capaz de todo. Bueno; de todo menos de una cosa: menos de hacerte el amor. Recuerda que tengo empeñada mi palabra, y que soy esclavo de ella.

MERCE. ¿Que tienes empeñada tu palabra?...

AND. Verdad que tú no lo sabías. Bien, pues sábelo. He dado a tu madre mi palabra de honor de no hacerte el amor jamás.

MERCE. ¿Y si fuera yo la que me insinuara?...

AND. Te daría calabazas.

MERCE. *(Muy cerca de él y muy mimosa.)* ¡No!

AND. *(Con voz terrible.)* ¡¡Sí!!

MERCE. *(Como antes.)* Pero ¿no te gusto?

AND. *(Como antes también.)* ¡¡¡Sí!!!... Digo, ¡¡no!! Y retírate, retírate un poco.

MERCE. ¡Andrés!...

AND. ¡Que te retires!... ¡Caramba! ¡Pues hasta ahí podían llegar las cosas! *(Le vuelve la espalda.)*

MARQ. *(Acercándose a Andrés y cogiéndole del brazo.)* Escucha...

AND. *(Como un energúmeno.)* ¡¡Suéltame!! *(Al ver que es el Marqués.)* ¡Ah! Perdona... Creí que... *(Tosiendo enérgicamente.)* ¡Ejem!...

MERCE. *(Mimosa, como antes.)* ¡Andrés!...

AND. ¡Y dale, bola!...

MERCE. *(Idem.)* ¡Andresito!... *(Se acerca a él y va a tocarle.)*

AND. *(De mal talante.)* "¡Noli me tangere!"

MARQ. ¡Hombre, Andrés!...

AND. *(Al Marqués.)* ¡No me "tangeres" tú tampoco!

MERCE. *(Suplicante.)* Es la felicidad de mi madre lo que busco... ¡Ayúdame a lograrla!

MARQ. Ya oyes lo que dice, Andrés.

AND. *(Al Marqués.)* Tú te callas.

MERCE. ¡Andresito!... Tú eres el marido que a mí me conviene; el único que puedo encontrar... así, de pronto...

AND. ¡Eso! ¡Como se encuentra un traje en un ba-

zar de ropas hechas!... ¡Ay, qué rica!... Pues mira, niña...

MERCE *(Tapándole la boca.)* ¡Ay, no me digas nada! ¡No me digas nada!

AND. ¡¡Mercedes!!

MERCE. ¡No me digas nada!

AND. ¡Está bien!

MERCE. No te enfades. Yo te aseguro que andando el tiempo llegaré a quererte, porque me lo propondré con mucho empeño, porque pondré todo mi afán en conseguirlo... y ¡quién sabe! Quizá seamos felices. ¿Verdad, abuelo?

MARQ. ¡Quién lo duda!

AND. ¡¡Marqués!!

MERCE. Verás qué mujercita tan dulce y tan agradable vas a tener.

AND. *(Casi llorando.)* ¡Mercedes!...

MERCE. *(Alegremente sorprendida.)* ¡Ay, que se ablanda!

AND. ¡Mercedes!

MERCE. ¡Habla, dime, Andresito!...

AND. Mientras más disparatas, más demuestras tu nobleza y tu generosidad. ¡Qué buena eres!

MERCE. ¿Entonces...?

AND. No, hija, no. ¡He dado mi palabra!...

MERCE. Pueden relevarte de ella. Si es ése solo el motivo...

AND. Hay más.

MERCE. ¿Más?

AND. ¡No me gustas!

MERCE. *(Con pena.)* ¿No te gusto?

AND. *(Casi sin poder decírselo.)* ¡No me gustas!

MERCE. *(Vencida.)* Entonces... Claro, ¿por qué te ibas a sacrificar?... *(Pausa.)*

AND. Naturalmente... *(Desesperado, dándose un bofetón.)* (¡¡Maldita sea!!...) *(Disimulando.)* Todavía hay mosquitos.

MARQ. *(Que ha permanecido un momento pensativo.)* ¡Caramba!... Se me está ocurriendo el medio de conciliarlo todo.

AND. ¿Eh?

MERCE. ¿A ti?
MARQ. ¡Ya lo creo! ¡Admirablemente!... Tú vas a faltar a tu palabra...
AND. ¡Jamás!
MARQ. Déjame hablar, hombre. Digo que tú vas a faltar a tu palabra aparentemente, y tú vas a convencer a tu madre de que no te importa Ricardo ni una hilacha.
MERCE. ¿Será posible? Habla, por Dios, abuelo.
MARQ. Calma, calma... Mi plan no está aún bien madurado. Hay que pensar mucho todavía.
MERCE. ¿Pero...?
MARQ. Además, aquí no debemos tratar del asunto; puede venir tu madre...
MERCE. ¿Por qué no nos vamos al Golf a tomar el té? Allí, al aire libre... ¿Qué os parece?
AND. La gran ocurrencia.
MARQ. Como tuya.
MERCE. Ea, pues vamos.
MARQ. Ya verás qué idea.
MERCE. Estoy muerta de curiosidad. ¿No puedes adelantarme nada?...
MARQ. ¿Eh?
AND. Sí, hombre; alguna "pecata minuta".
MARQ. Te diré, porque me conviene para mis planes, que es indispensable, absolutamente indispensable, que tu madre crea que a ti Andrés te es profundamente simpático.
AND. ¿Eh?
MERCE. Perfectamente. La buscaré, y al decirle que nos vamos, si hay ocasión..., ¿eh?
AND. Vuelvo a decir a ustedes...
MARQ. Tú te callas: es indispensable.
MERCE. Ya lo oyes: es indispensable.
AND. Bueno; pero...
MERCE. *(Escuchando hacia la izquierda.)* Calla, que creo que viene mamá... ¡Sí!... ¡Ay, que nos coja riéndonos! *(A Andrés.)* Tú que eres un "dilettanti" de los chistes, dí algo gracioso.
AND. ¿Eh?
MERCE. ¡Vamos! Dí algo gracioso, que nos riamos.

AND. ¿Pero...?
MARQ. ¡Que digas algo gracioso, hombre!...
MERCE. ¡Venga!
MARQ. ¡Pronto!
AND. *(Quemadísimo.)* ¡¡Re... cuerno!! Pero ¿por quién me han tomado ustedes a mí? ¡Pues hombre!... "¡Dilettanti..., pero no tanti", caramba! *(Mercedes y el Marqués ríen a carcajadas, al mismo tiempo que Julia entra en escena por la primera puerta de la izquierda.)*
JULIA. ¿Qué sucede?
MERCE. *(Riendo.)* ¡Este Andrés, que dice unas tonterías!...
MARQ. *(Idem.)* ¡Es un ganso!...
AND. (¡Bueno!)
MERCE. Es un estúpido. *(Riendo.)* Anda, repite eso, que mamá te lo oiga.
AND. ¿Eh?...
MARQ. Sí, hombre; que lo oiga Julia.
AND. ¿Pero...?
MARQ. *(A Julia.)* Verás qué latín.
JULIA. *(A Andrés.)* ¡Ah! Pero ¿es un latín?...
AND. Sí... *(Un poco azorado.)*, un latín... "Per omniam seculan, seculorum, amén."
JULIA. ¡Qué tontísimo eres!
MERCE. El abuelo nos ha convidado a tomar el te en el Golf...
JULIA. Muy bien.
MERCE. Me voy a ir con ellos...
JULIA. Perfectamente.
MERCE. *(Bajo a Julia, acariciándola.)* ¿Me has perdonado la desobediencia?...
JULIA. ¡Por Dios!... Anda, anda a ponerte el sombrero...
MERCE. Me prometo una tarde divertidísima, porque este Andrés me hace una gracia... ¡Es tan simpático!... ¡Tan profundamente simpático!... ¡Este sí que me gusta, madre!
JULIA. ¿Eh?
MERCE. *(Un poco conmovida.)* ¡Este sí que me gusta!

JULIA. *(Conmovidísima.)* ¡Mercedes!... ¡Mírame a los ojos!...

MERCE. *(Abrazando a Julia, llorando.)* ¡¡Madre!!...

JULIA. *(Idem.)* ¡¡Mercedes!!... ¡Qué buena eres!...

AND. ¡Qué corazón de mujer! (Lo que me pierdo por golfo y por sirvergüenza!.. Nací idiota, y seré idiota "per omniam seculam, seculorum"...) ¡Amén!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de dia.

(Al levantarse el telón está Julia en escena. Por la segunda puerta de la izquierda entra Romana.)

ROMA. ¿Llamaba la señora?

JULIA. Sí, y a usted precisamente.

ROMA. ¡Oh!... La señora dirá...

JULIA. Es preciso que busque usted casa, Romana. He decidido prescindir de sus servicios.

ROMA. *(Muy digna.)* ¡Por Dios, señora!... ¿He faltado en algo a la señora?... ¿He dejado de servir bien a la señora?...

JULIA. No, no... Ni me ha faltado usted en nada, ni ha dejado de servirme bien; pero...

ROMA. ¡Ah!... Vamos: le han contado a la señora lo de Menelapio, el chófer.

JULIA. Lo de Menelapio, el chófer; lo de Angelonio, el pinche, y lo de Censurino, el portero. Esto no puede continuar así ni un día más. ¿Es que va usted a revolucionarme a toda la servidumbre?

ROMA. *(Sonriendo muy afectadamente.)* ¡Por Dios, señora!... ¡Lo que exagera la señora!... Yo carezco de atractivos... Lo que sucede es que los infelices no tienen cultura, y, es claro, hablan

con una, y sin querer una los... embauca. Ahora que yo... ¡Quiá! ¿A mí?... ¡¡Jesús!!

JULIA. No haga usted tantos aspavientos, porque Censurino bien que le gusta a usted.

ROMA. ¡Pchs!... No es mi tipo de hombre. Además, que un portero...

JULIA. ¡Ah! Usted pica más alto, ¿eh?

ROMA. ¡A lo mejor se cae una viga!... Y no es que yo opine asi por sistema. El único novio formal que he tenido ha sido un muchacho de mi clase. Un chico barbero muy simpático... Y me hubiera casado con él, pero el pobre se arruinó. Le dió por el bolcheviquismo y por hacer prosélitos entre los clientes, y en cuanto empezaba a afeitar a uno se ponía a perorar y decir excitadísimo: "¡Hay que cortar muchas cabezas!... ¡Y voy a empezar yo!..." Figúrese la señora, un hombre excitado, barbera en mano y diciendo esas atrocidades. A las dos semanas no tenía más parroquianos que Besteiro y Díaz de la Cebosa.

JULIA. Bien, bien; pues lo dicho. Busque usted acomodo, porque yo en mi casa no quiero escenas ni conflictos.

ROMA. Así lo haré, señora, aunque sintiéndolo, porque estaba muy a gusto con la señora.

JULIA. ¡Bah! No tardará usted en hallar casa mejor...

ROMA. Es posible; pero más vale malo conocido...

JULIA. Muchas gracias.

ROMA. Quiero decir que me horroriza la idea de echarme ahora a buscar...

JULIA. Creo que ahí al lado, en casa de los Condes de Peleajimeno, buscan doncella.

ROMA. Sí, señora; pero el señor Conde está de una mochalez que abotarga; es un hombre rarísimo, y a mí todo lo raro me molesta.

JULIA. ¡Ah! Pues no sabía...

ROMA. Sí, señora; está "tocadísimo", porque a las cosas no las llama por sus verdaderos nombres, sino por los nombres que él las pone. Al bastón le llama Baldomero, y a la pitillera doña Men-

cía, y al sombrero Isidrín, etcétera, etcétera. ¡La locura! La otra tarde, ya en el coche, comenzó a gritarle a un criado: "¡Domingo, Domingo... que se ha quedado ahí doña Berta, tírala por el balcón!..." Y cuando la gente, horrorizada, esperaba asistir a un asesinato, salió Domingo y le arrojó la fosforera.

JULIA. ¡Jesús!...

ROMA. Lo que le digo a la señora: de una mochalez insoportable.

MARQ. *(Entrando en escena por la derecha.)* Hola...

JULIA. Hola, Marqués...

MARQ. *(Advirtiendo la presencia de Romana.)* ¡Hombre! ¿Usted aquí? Lo celebro. Tengo que decirla dos palabritas.

ROMA. *(Muy solícita y sonriente.)* El señor Marqués me dirá...

MARQ. Que haga usted el favor de dejar en paz a Reveigorriaga, mi amanuense.

JULIA. De manera que también le ha puesto usted los puntos a Reveigorriaga.

ROMA. ¡Bah!

MARQ. Para ésta todos los hombres son íes.

ROMA. ¡Qué cosas dice el señor Marqués!... ¡Ja, ja!... *(Vuelve a quedar muy seria.)*

JULIA. Bueno, puede retirarse, y no olvide cuanto le he dicho. Yo lo siento mucho, pero... ¡ah! Vamos a tomar el te en el jardín. Diga que lo dispongan todo.

ROMA. La señora será servida. *(Saluda reverenciosa y se va por la izquierda, segunda puerta.)*

JULIA. *(Bajando un poco la voz.)* He tenido que decirla que busque casa.

MARQ. Claro, mujer, si no es posible. Parece mentira que con lo fea que es... Lo que toca a Reveigorriaga le ha vuelto el juicio. Hace no sé cuántos días le mandé que hiciera un inventario de los tomos que tienes en la biblioteca, y que a cada libro le pegara una etiqueta con su número correspondiente. Creo que en quince días ha tenido tiempo de hacerlo, ¿verdad? Pues ayer entré

creyendo que tendría hecho el trabajo y... ¡ni empezar!

JULIA. ¿Es posible?

MARQ. Me lo encontré en mangas de camisa y bailando con Romana esa danza nueva del Perú que le llaman la "Pomaccarapampa".

JULIA. *(Riendo.)* ¡Jesús!

MARQ. Mira, me indigné. Y él tan fresco; ni siquiera intentó ponerse la americana; tanto que yo le dije: "Hombre, mal está que los libros no tengan etiquetas; pero que no la tenga usted tampoco, me parece demasiado."

JULIA. *(Riendo.)* ¡Qué gente!

MARQ. Vivir para ver, hija mía. Así está todo. Bueno, dime, ¿y Mercedes?

JULIA. En la calle.

MARQ. *(Con cierto misterio.)* Qué, ¿hay novedad?

JULIA. Ninguna, que yo sepa.

MARQ. ¿Vieron ayer a Ricardo en las carreras?

JULIA. Sí; estuvo merendando con nosotros. Luego vendrá.

MARQ. Y qué, ¿ella?...

JULIA. Ella, como si tal cosa. Cariñosísima con él; pero, vamos, cariñosa con él como hubiera podido estarlo contigo.

MARQ. ¿Ves? ¿Te convences?

JULIA. ¿Será que finge? ¿Es posible que pueda llevarse la ficción a tal extremo de naturalidad?

MARQ. No, Julia; Mercedes no finge ahora: te lo aseguro. Para ella, Ricardo no es ya nada de lo que fué. Le mira... filialmente. Tú, que sabes leer en sus ojos, tienes que verlo con la misma claridad que lo veo yo.

JULIA. Sin embargo...

MARQ. ¿Qué?

JULIA. ¡Finge tan admirablemente lo otro... lo de sus relaciones con Andrés!...

MARQ. ¡Eso sí que va a mi gusto!... Tengo un talento, que no me cabe en la cabeza. Todos mis amigos diciendo años y años: "¡Qué bruto es Piedraherrada!" Y Piedraherrada ha tenido ahora

una idea, que se le ocurre a un psicólogo y le hacen un homenaje.

JULIA. ¿Pero ellos están seguros de que me engañan?

MARQ. Segurísimos. Tú eres quien tienes que fingir mejor que vives engañada. Muchas veces estás a punto de descubrirte.

JULIA. ¿Puedo hacer más de lo que hago por demostrar que creo en sus relaciones? Hace un rato les he dejado salir con mademoiselle como si fueran novios oficiales.

MARQ. Ese es el camino; que la comedia que están representando para engañarte, y que les obliga a estar siempre juntos, se vaya convirtiendo en realidad insensiblemente. ¡Ojalá que esta farsa nos dé a los dos el fruto que anhelamos!... Porque tú y yo perseguimos con ella distintos fines. Tú no buscas sino convencerte de que Mercedes ha olvidado por completo a Ricardo; yo me propongo casarla con Andrés.

JULIA. Es tan vivo mi deseo de saber que no queda en su alma ni el menor resto de su antigua pasión que, por lograrlo, creo que consentiría hasta el disparate de que se casara.

MARQ. ¿Disparate? ¿Por qué ha de ser disparate?

JULIA. Porque bien sabes que Andrés es una calamidad, una cabeza destornillada.

MARQ. Todos a su edad hemos sido lo mismo y luego nos hemos mejorado. El es bueno, noble, leal ¡y de un corazón!...

JULIA. ¡Los apuros que pasó para suplicarme que le relevase de aquella palabra que me dió de no chicolear a Mercedes! Si él hubiera sabido que yo estaba advertida por ti...

MARQ. Eso mismo te indica lo caballero que es, en medio de su ligereza. Ni para seguir una broma se olvida de lo que debe a su honor. *(Rumores de voces dentro.)*

JULIA. Cuidado. Ahí están.

MARQ. Pronto han dado la vuelta.

JULIA. Fueron a comprar unas maritatas para la tóm-

bola de la Doctrina. *(Por la puerta de la derecha entran en escena Mercedes y Andrés.)*

MERCE. Aquí estamos ya.

AND. ¡Caramba, está aquí el abuelete!... "¡Sursum corda", hombre!...

MARQ. Vengan ustedes con Dios.

JULIA. Qué, ¿han encontrado algo a propósito?...

AND. Ahí tienes en el recibimiento una "turbamulta" de dependientes con cajas, estuches y demás zarandajas, para que escojas.

MERCE. Y hay algunas cosas bastante bonitas. Ven.

JULIA. Vamos, sí.

AND. Sí, daos prisa, porque si sale Romana y traba conversación con los dependientes, los embauca, como ella dice.

MERCE. *(Haciéndole un mohín cariñoso.)* ¡Tonto!...

AND. *(Idem a Mercedes.)* ¡Tontísima!

MERCE. *(Muy almibarada.)* ¿Me esperas aquí?

AND. *(Idem.)* Te espero aquí hasta la resurrección de la carne... ¡so fea!...

MERCE. *(Haciéndole otro cariñoso mohín.)* ¡Ah!... *(Se va con Julia por la derecha.)*

MARQ. *(Con sorna.)* Conque... hasta la resurrección de la carne, ¿eh?

AND. *(Muy serio y muy quemado.)* Mira, Marqués: pitorreo, no, porque estoy más quemado que las benditas ánimas del Purgatorio.

MARQ. Eso se puede decir en latín.

AND. Y pegando silletazos se puede decir también. Ten mucho cuidado.

MARQ. Pero, hombre, ¿qué te pasa?

AND. Que no está el horno para hojaldres. Conque ¡ojo!

MARQ. Si no te explicas...

AND. ¡Qué explicación ni qué gaita!... Que estoy ya cansado de hacer el ridículo... Que todas las cosas tienen su límite y mi paciencia ha llegado al suyo... Que... bueno, que yo he cumplido ya mi compromiso y que me marcho de España... "Deo volente."

MARQ. ¿Eh? ¿Que tú has cumplido tu compromiso?...

AND. ¡A ver! ¿Qué deseaba Mercedes? Convencer a su madre, fingiendo estar enamorada de mí, que había dejado de estarlo de Aguilares... Pues ya lo ha logrado; ya hemos tenido relaciones. Ahora las rompemos con cualquier pretexto, y... se acabó... ¡¡Se acabó!!...

MARQ. Julia no está bien convencida aún.

AND. Pues yo lo siento muchísimo, pero no puedo más. Por otra parte, tú sabes que a mí me hace falta trabajar en algo, rehacer mi vida, ocuparme en alguna cosa que me rehabilite... Estoy decidido a ocupar un puesto que me ofrece Paco Estrada en Nueva York.

MARQ. ¿Eh?

AND. El lunes me voy.

MARQ. ¡Qué tontería!... Llevas un año hablando de ese viaje, ¿y no se te ha ocurrido ponerlo en práctica hasta ahora?

AND. Naturalmente. Como que lo que quiero es salir de una vez de esta situación; de esta situación desagradable, grotesca, estúpida... ¡Por vida!... *(Amenazando al Marqués y como si le estrangulara.)* ¡Si yo pudiera agarrotar al que tiene la culpa!... "¡Requiescat in pace!"

MARQ. ¡Hombre, Andresito!...

AND. ¿A ti te parece propio de un hombre serio representar este papel?... Bueno, yo no seré muy serio, pero tampoco soy un monote para estar el día entero haciéndole el amor a una mujer...

MARQ. Que te gusta.

AND. Pues eso es lo malo, so... morral, que me gusta. ¡Que me gusta!... ¡Por vida...! ¿Me quieres decir qué consigo con prolongar esta situación?

MARQ. ¡Hombre!...

AND. Porque yo no he de casarme con Mercedes.

MARQ. ¡Claro está!

AND. ¡Ah! Creí que tú pensabas otra cosa.

MARQ. ¿Yo? ¡Dios me libre! ¡No faltaría más!...

AND. Yo no he de casarme con ella... en primer lugar porque he dado mi palabra de honor.

MARQ. Te han relevado de ella.

AND. Lo de la revelación ha sido una pantomima; tú lo sabes. Yo, en mi fuero interno...

MARQ. ¿Quién lo duda, hombre?

AND. Y, sobre todo, que aunque no mediara la palabra, aunque yo le gustara, ¿dónde va un majadero como yo?... ¿Eh?

MARQ. ¡Claro!

AND. ¿Qué dices?

MARQ. Nada; yo no digo nada. Tú te lo dices todo.

AND. Porque te advierto que yo soy mucho más bruto que todo cuanto tú te supongas. Hace cinco días que quiero meterme en la cabeza un par de latines y no me entran ni con berbiquí. Son dos latines que me han gustado y que se prestan a mezclarlos en la conversación... pero, que si quieres: tengo la cabeza de grafito.

MARQ. ¿Qué latines son?

AND. Verás. *(Saca un papel del bolsillo y lee.)* "Buscar tres pies al gato."

MARQ. ¡Caramba!

AND. "Nodum in scirpo quaere..." ¿Eh?

MARQ. Muy bonito.

AND. *(Leyendo.)* Dios los cría y ellos se juntan.

MARQ. ¡Hola!

AND. *(Leyendo.)* "Pare cum páribus, facillime congregantur." ¿Qué te parece? ¡Viva Papiniano!

MARQ. *(Dudando.)* Espera, espera, porque esto...

AND. ¿Eh?

MARQ. *(Con el papel en la mano.)* Esta traducción... "Pare cum páribus, facillime congregantur..." Dios los cría... Escucha: ¿Dios, no es Deus?

AND. Sí.

MARQ. Pues aquí no está Dios.

AND. Es verdad: no está. Por más que...

MARQ. ¿Qué? *(Le devuelve el papel.)*

AND. Que sí está, hombre: convéncete. ¡Dios está en todas partes!

MARQ. Que te maten.

AND. Como quieras; pero, hablándote en serio: mira si seré bruto, que leo esto veinte veces al día

y aún no me lo sé. *(Guardando el papel.)* ¿Cómo quieres tú que yo...? ¿Eh?

MARQ. Claro.

AND. Además, que ella... ¡Señores, qué cómica!

MARQ. Finge bien, ¿eh?

AND. ¿Cómo si finge bien? ¡Da miedo!

MARQ. *(Con sorna, tirándole de la lengua.)* Qué, ¿cuando la madre está delante?... ¿Eh?

AND. *(Estremeciéndose.)* No me hables de eso. ¡Pone unas caras!... ¡Hace unos gestos!... ¡Dice unas cosas!... *(Ríe el Marqués.)* Sí, tú te ríes; pero si supieras la de veces que me pasa por la cabeza la idea de buscarte y de estrangularte...

MARQ. ¡¡Y dale, tú!!...

AND. Porque lo de ayer en las carreras fué trágico.

MARQ. ¿Eh? ¿Lo de ayer en las carreras?

AND. Pero, ¿dónde aprenderán las mujeres ciertas cosas? Lo que toca ayer, te aseguro que me dejó loco, lo que se dice loco. Bueno, yo estaba un poquillo nervioso porque ella llevaba el traje azul. El traje azul, hombre. Ese del... y de la... Ese que... ¿No caes? El que tiene por aquí... y luego por aquí... y luego por los dos lados... ¡No seas estúpido, hombre!... El azul.

MARQ. Sí, ya sé: el azul. El que tiene por aquí... y por aquí...

AND. ¡Ese! ¡Que está con él para comérsela! Porque le hace... y por aquí le hace también...

MARQ. No describas, hombre; no me digas más.

AND. Bueno, pues como Julia y Ricardo estaban cerca, nos esmeramos en el fingimiento.

MARQ. ¡Claro!

AND. Además, la tarde estaba bochornosita, que eso también contribuyó... Había cargazón...

MARQ. ¡Ah! Había cargazón...

AND. Sí; cargazón y depresión atmosférica.

MARQ. ¿Y qué?

AND. Pues nada, que en un momento en que acababa yo de decirla no sé qué chicoleo que la hizo gracia, va ella y me acerca la cara... *(Se estremece.)* y me entorna los ojos... *(Se vuelve*

a estremecer.) y me dice, parpadeando y como mordiéndome... "¡¡Negro mío de mis ojos!!" *(Se estremece hasta casi saltar.)*

MARQ. ¡Atiza!

AND. Te juro que me quedé de frío como si me hubiera bañado en éter.

MARQ. Lo comprendo, hombre. ¡Ahí es nada! ¡Una muchacha como Mercedes diciendo tamaña ordinariez!

AND. Y, sobre todo, como la dijo. ¡Qué negro aquél, Marqués de mi alma! Fué para mí...

MARQ. La llave.

AND. Nada, que el lunes me voy. A mí me repite ese negro y te busco y te estrangulo.

MARQ. ¿A mí?

AND. ¡A ti, a ti!...

MERCE. *(Entrando por la derecha.)* ¿Qué pasa?

MARQ. Nada, éste que se va el lunes.

MERCE. ¿Adónde?

MARQ. Ahí a... El te lo dirá.

AND. Sí; ahí a... los Estados Unidos.

MERCE. *(Extrañadísima.)* ¿Tú?

AND. *(Firmemente.)* ¡Yo!

MERCE. ¡¡No!!

AND. ¡¡Sí!!

MERCE. ¿Pero...? ¿No me engañas?

AND. No te engaño. Esto no es una ficción, como lo... otro. Mi porvenir está en Nueva York, y el lunes embarco.

MERCE. ¿Habrá vapor ese día?

AND. Si no hay vapor habrá un esquife: me da lo mismo. El lunes me voy, y no hay que hablar más del asunto.

MERCE. Está muy bien. De manera que vamos a tirar por tierra toda nuestra labor. Mamá descubrirá que la hemos engañado.

AND. ¡Bah! Por eso no ha de descubrirlo. Al contrario. Además, que, ausente yo, encontraremos más fácilmente la manera de romper nuestras relaciones. *(Al Marqués.)* ¿Verdad?

MARQ. Sí; eso es evidente. Una carta que se pierde,

otra que no llega, otra que no se escribe...

AND. Y como en realidad el objeto que tú te proponías está ya logrado...

MERCE. Eso de logrado...

AND. ¡Claro! ¿No ha vuelto Ricardo a esta casa? ¿No se ha convencido tu madre de que ya no le quieres?... Es lo único que hay de verdad en la farsa: que tú te has cividado de aquel capricho, ¿verdad?

MERCE. *(Con sinceridad.)* Puedes asegurarlo... Eso te lo juro. Ricardo ha dejado de ser para mí lo que fué, en absoluto. El abuelo lo sabe.

AND. *(Contemplándola alelado y suspirando sin poderlo remediar.)* ¡Ay!...

MERCE. *(Mimosita.)* ¿Qué?

AND. *(Reponiéndose.)* Nada, eso: que conseguido lo que te proponías, ¿a qué seguir la farsa?...

MERCE. Es que yo creo que mamá no está bien persuadida todavía... ¿Verdad, abuelo?

MARQ. Como que esta mañana me decía: "Tengo yo que oír alguna de las conversaciones de Mercedes y Andrés para hacerme cargo del grado de enamoramiento en que están..."

MERCE. *(A Andrés.)* Ya lo oyes.

AND. Bueno, pues que nos oiga. *(Al Marqués.)* Ponte de acuerdo con ella, avísanos sin que ella se dé cuenta y le haremos la escenita correspondiente. Después de todo... Pero tiene que ser antes del lunes. Es mi "ultimátum in extremi".

MARQ. Justamente, en vísperas de separación deben ustedes exagerar la nota amorosa...

AND. *(Asustado.)* No es necesario exagerar.

MERCE. No es necesario por tu parte. Al fin y al cabo el que se va... no demuestra querer mucho. Por lo que a mí respecta, sí debo exagerar...

AND. *(Temblando.)* Es que...

MERCE. Además que de lo que tenemos que convencer a mi madre no es de que tú me quieras, sino de que te quiero yo.

AND. Bueno, sí, conformes, pero no me exageres.

MERCE. ¡Jesús, hijo!... ¿Tanto te molesta?...

AND. No, mujer; si es que... ¡Pero no exageres!
MERCE. Ya sé que no te gusto, hombre.
AND. ¡Qué cosas dices!...
MERCE. Si yo te hubiera gustado alguna vez, no le hubieras dado a mi madre con tanta facilidad aquella palabra de honor... *(Al Marqués.)* ¿Verdad?
MARQ. ¡Claro!
MERCE. Ya ves, el abuelo me da la razón.
AND. Es que el abuelo... Porque mira, aquello fué...
MERCE. No pases mal rato, hombre; tranquilízate, porque quien no me ha gustado a mí nunca, ni me gustará nunca tampoco, eres tú. ¿Lo oyes bien? ¡Tú! Las cosas claras.
AND. ¡Mujer!...
MERCE. Bueno, ya comprenderás en qué sentido hablo.
AND. Sí, sí...
MERCE. En otro orden de ideas, no hay ni que hablar. Te tengo afecto, porque, aunque lejano, eres pariente mío. No tengo más primo que tú.
AND. Claro.
MERCE. Te miro con simpatía, porque te has prestado a secundarme en esta ficción.
AND. ¡Bah! Cualquiera hubiera hecho otro tanto...
MERCE. Pero fuera parte de esa clase de afecto y de simpatías... "nequaquam", como tú dices.
AND. Como yo: lo mismo que yo. Porque yo... "nequaqüisiman", que es superlativo.
MERCE. *(Muy picada.)* Tú siempre más que nadie: es tu manía.
AND. En eso me parezco a ti. Dios los cría... Es decir, "pares cum paribus et Deus"... No; no hay Deus.
MERCE. *(Extrañada.)* ¿Cómo?
AND. Que no hay Deus, mujer.
MERCE. ¿Pero qué tonterías estás diciendo?...
MARQ. De esta conversación de ustedes deduzco, con gran satisfacción, que se tienen ustedes el afecto que se deben tener. Porque, al fin y al cabo, son ustedes... un par de primos.
MERCE. ¡Abuelo!

AND. *(Quemado.)* ¿Has dicho eso con segunda? Porque te advierto que me tienes un poquito harto.

MERCE. Y a mí.

MARQ. *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Ahí vienen Julia y Ricardo!

MERCE. ¡Ay!... ¡Que nos cojan juntos!... *(Corre al lado de Andrés, le mira mimosamente y le dice, con un mohín muy gracioso.)* ¡Muy juntitos!

AND. Bueno, bueno; pero no me pongas esa cara.

MERCE. *(Como antes.)* Es que... *(Suspirándole.)* ¡Ay!

AND. (¡Para cuándo guardará Dios las muertes repentinas!)

MARQ. *(Mirándoles y sonriendo satisfecho.)* (¡Tengo un talento que no me cabe en la cabeza!...) *(Por la derecha entran Julia y Ricardo.)*

JULIA. Sí; aquí están los tres.

RICAR. ¡Oh!... Mercedes...

MERCE. Ven con Dios, hombre... *(Cambian un apretón de manos.)*

RICAR. ¿Cómo va, Marqués?

MARQ. Pasando la vida lo mejor posible.

RICAR. Esa contestación es digna de Andrés, que, sin decirlo, pasa la vida lo mejor que puede.

AND. ¡Estás enterado!

RICAR. ¿Qué?

AND. Que ya eso se acabó, amigo mío. Desde el lunes, vida nueva.

JULIA. ¡Ah! ¿Insistes en lo del viaje?

AND. Más que nunca.

JULIA. *(A Ricardo.)* Se va a los Estados Unidos.

AND. Sí, señor; a Nueva York: es cosa resuelta. El lunes embarco. Paco Estrada no hace más que llamarme...

RICAR. ¡Caramba! ¿Pero va usted a irse... soltero?

AND. Precisamente quiero marcharme para rehacer mi vida y poder luego, legítimamente...

MERCE. *(Fingiendo seriedad y enojo.)* Vamos, déjate de tonterías, Andrés. Ya te he dicho que esa clase de bromas no me gusta nada.

AND. Te advierto que no es broma.

MERCE. ¡Que te calles!

AND. Pero mujer...

MERCE. *(Cariñosa y graciosamente le tapa la boca con la mano.)* Te he dicho que te calles.

AND. *(Muy serio y conteniéndose para no morderla en la mano y en voz baja.)* No abuses.

JULIA. Pero, vamos a ver: ¿qué vas tú a hacer en Nueva York, me quieres decir?

AND. Pues yo... lo que todo el mundo: trabajar. Claro que empezaré por verlo todo. Hay que conocer bien el país en que se vive.

RICAR. ¡Claro!

AND. Visitaré las grandes fábricas, los grandes talleres, los grandes almacenes y... trabajaré.

JULIA. Pero ¿en dónde?

AND. En cualquier parte, mujer. Es decir, en cualquier parte, no; ya ustedes me entienden...

RICAR. En algún Banco.

AND. No; nada de Bancos.

MARQ. Pues no habiendo terminado ninguna carrera, que es lo que a ti te pasa...

AND. Por lo mismo que no he terminado ninguna carrera, no quiero ningún Banco.

MERCE. ¡Qué chiste más malo!

AND. No, hija, no; si lo digo en serio: a mí Banquitos, no. Todo lo que huele a matemáticas y a partida doble no me va.

MARQ. ¿Te molesta la regla de tres?

AND. Sí, no me gustan las aglomeraciones.

JULIA. ¡Qué tonterías dices! Pues no sé qué vas a hacer en los Estados Unidos.

RICAR. ¡Bah! Allí, en cualquier fábrica...

AND. No me hable usted a mí de fábricas. Todo menos eso. Si es de esas que tienen unos hornos muy grandes y unas calderotas que dan un calor espantoso... ¡Uf, Uf!... ¡Cualquier día! "Abrenuncio." Y si es de esas otras eléctricas, llenas de máquinas que hacen ruido, ¡qué espanto!... Una rueda, tacatán, tacatán, tacatán; otra borobón, borobón, borobón; otra, chacachás, chacachás... ¡Vamos, hombre! Me levantan a mí

esos ruidos un dolor de cabeza, que nada, ni pensarlo.

JULIA. Pues hijo, entonces...

RICAR. Sí...

AND. Yo le tengo echado el ojo a un destino, que como lo consiga...

MARQ. Hombre, me inspira curiosidad...

JULIA. Y a mí.

AND. Es una plaza que hay en todas las grandes fábricas de automóviles.

MARQ. Sí; una plaza en el centro, y tú quieres esa plaza para pasearte.

AND. Estoy hablando con formalidad, Marqués. Se trata del cargo de probador de coches.

MARQ. ¡Hola!

AND. Todo automóvil al salir de la fábrica exige una prueba...

RICAR. ¡Claro!...

AND. Hay que ver si el motor funciona bien.

JULIA. Naturalmente.

MERCE. ¿Y eso es lo que tú...?

AND. Eso. Yo, a mediodía en invierno, y por la tarde, con la fresca, en verano, probaría los coches...

MARQ. Sí; tú con el volante, dándote pisto.

AND. No, hombre, no; el volante para el mecánico: yo de chófer no tengo ni una molécula.

JULIA. Claro, hombre; él, dentro, muy sentado.

AND. Naturalmente; estudiando la marcha del coche. Con esto y con algunas lecciones de español que me buscaría...

MERCE. ¿No sería demasiado trabajo?

AND. No; yo creo que enseñar el español no habría de serme muy difícil. *(Como si estuviera enseñando.)* Esto es una silla... esto es una mesa... esto es un cacharro... esto es... otro cacharro...

JULIA. Todo es cacharro para ti.

AND. Y es que no sé cómo se llaman; no sabe uno nada de nada. ¡Me da una rabia!

MERCE. *(Monísima.)* ¡Tonto!...

AND. ¿Eh?

MERCE. *(Como antes.)* ¡Antipático!... *(El Marqués, Ju-*

lia y Ricardo hablan en voz baja sin hacerles caso.)

AND. Bueno, bueno... *(Intenta alejarse de ella.)*

MERCE. *(Sujetándole.)* Escucha...

AND. No te esfuerces ahora, porque no se ocupan de nosotros.

MERCE. *(Suspirándole.)* ¡Ay!... Es que...

AND. *(Sacando el papel de antes del bolsillo y leyendo.)* "Nodum in scirpo quaere."

MERCE. ¿Qué?

AND. Que no le busques tres pies al gato.

JULIA. He dicho que nos sirvan el te en el jardín; está la tarde tan hermosa...

MARQ. Un poco bochornosita: hay cargazón.

AND. (¡Quiá!... Toda la tarde con ella en el jardín... ¡Al instante! ¡Y con cargazón!... ¡Nunca!) Pues yo no soy punto para eso del te... *(Tapándose la boca.)* Vamos, quiero decir que no...

MERCE. Tampoco yo...

JULIA. Como quieran ustedes. *(Sigue hablando con Ricardo.)*

MARQ. *(Aparte a Mercedes y Andrés.)* Cuidado...

AND. ¿Eh?

MARQ. *(Como antes.)* Van a oír a ustedes desde aquella puerta... *(Por la segunda de la izquierda.)*

MERCE. ¿Pero...?

MARQ. Es la prueba decisiva... *(Disimulando se separa de ellos.)* (¡Qué talentazo tengo!)

MERCE. *(A Andrés.)* Ya lo oyes...

AND. *(Transigiendo a la trágala.)* Bueno... El lunes me voy... *(Separándose de ella, estirándose los puños y exclamando como si se quitara un gran peso de encima.)* ¡El lunes... "sine quá non"!

RICAR. ¿Decía usted...?

AND. No, nada; eran cosas mías, relacionadas con mi viaje a Norteamérica.

RICAR. Va usted a volver de allí muy pronto, querido Andrés. Paco Estrada, que es ahora allí un potentado, no puede haber dado al olvido los favores que recibió de usted.

AND. Creo lo mismo. Y si él me protege...

RICAR. ¡Quién lo duda! El se trasladó a los Estados Unidos y ha hecho una gran fortuna gracias al dinero que usted le dió generosamente.

MARQ. ¿Ese Estrada fué el de la catástrofe ferroviaria, no? ¿Aquel que viajaba con sus hijitas, que una de ellas sufrió gravísimas quemaduras?...

RICAR. Sí; la niñita se curó gracias a Andrés.

MERCE. ¿Eh? ¿Fué también Andrés?...

RICAR. La piel que le injertaron en las llagas del cuello y de la carita se la arrancaron a Andrés del brazo derecho.

MERCE. *(Estupefacta.)* ¿Eh?

JULIA. *(Idem.)* ¡Jesús!

RICAR. Ahí tienen bien patente la cicatriz...

AND. ¡Quién se acuerda de eso!

MARQ. No es posible hacer más por un amigo.

AND. ¡Es que daba una pena ver a la pobre criatura! Además, que en aquellos días no tenía yo nada que hacer...

JULIA. ¡Y yo que creía que esa cicatriz era de algo malo!... Perdóname, Andrés.

AND. ¡Mujer! ¿Quieres callar?...

MERCE. ¡Dios mío! ¿Pero cómo no se ha sabido eso?...

AND. Porque tuve yo un gran interés en que no se divulgara. ¿No ves que hubieran querido darme la cruz de Beneficencia? ¡Qué horror! Ya me bastaba con la cicatriz...

MERCE. ¡Lo que debió dolerte!... ¿A ver?... Enséñame la cicatriz...

AND. *(Remangándose un poco y mostrándose el antebrazo derecho.)* Nada; unos centímetros...

MERCE. ¡Virgen Santa!...

ROMA. *(Por la izquierda, segundo término. No trae ni cofia ni delantal.)* La señora está servida.

JULIA. ¿Está ya el te?

ROMA. No sé decirle a la señora: me figuro que estará. Yo aludo a lo otro. Digo que la señora está servida porque, cumpliendo sus órdenes, me marcho de la casa. Buenas tardes.

JULIA. Buenas tardes.

AND. Vaya usted con Dios.

ROMA. Quede usted con él.
AND. Gracias.
ROMA. No hay de qué. *(Haciendo mutis por la derecha.)* (Cuando sepan que me voy a Canarias con Reveigorriaga... ¡qué risa!) *(Mutis.)*
MARQ. Es un tipo de lo más gracioso.
JULIA. Bueno, niños, en el jardín estamos.
MERCE. Sí, ya iremos nosotros.
RICAR. Hasta ahora. *(Se van por la derecha, segundo término, Julia y Ricardo.)*
MARQ. *(Muy misteriosamente, bajando la voz.)* ¡Que os van a oír!...
MERCE. *(Disimulando y acompañándole.)* Hasta luego, abuelito... *(Bajando la voz.)* Yo procuraré...
MARQ. *(Idem.)* Que se vea en ti entusiasmo, niña. Dile cosas fuertes; algo de "negro mío de mis entretelas"...
MERCE. ¡Por Dios, abuelo; yo no soy capaz de decir ciertas cosas!...
MARQ. *(Haciendo mutis por la izquierda, segundo término.)* (¿Será embustera?... Como se lo diga, lo desencuaderna.) *(Vase.)*
MERCE. (¡Ya lo creo que le coloco yo eso de la entretela!... ¡Y con lo que he sabido de la cicatriz!... ¿Quién iba a pensar?...) *(Se acerca a él mirándole cariñosamente.)*
AND. (Va a empezar el suplicio. Ojitos tiernos, carita dulce. Como me diga lo de "negro mío", le pego un silletazo.)
MERCE. *(Suspirando ruidosamente.)* ¡Ay!...
AND. (¡Ya!... En fin, por ser la última vez...)
MERCE. ¡Andrés de mi alma!
AND. (¡Atiza!)
MERCE. El descubrimiento de tu heroísmo me ha vuelto loca... *(Exaltada.)* ¡Sí!... ¡Loca!... ¡¡Loca!!
AND. No es para tanto, mujer.
MERCE. Sí... ¡¡Sí!! En vano. intentas rebajarte ante mí; no lo conseguirás. Eres el mejor de los hombres.
AND. El mejor, no, Mercedes; soy... el que más te gusta, y basta.

MERCE. ¡El que más me gusta, el único que me gusta, el único a quien quiero, el único a quien estoy resuelta a dar mi vida!... *(Acercándose mucho a él, casi juntando su cara con la de Andrés, comiéndosele con los ojos.)* ¡¡Andrés de mi alma!!...

AND. *(En voz baja, estremeciéndose y comiéndosela también con los ojos.)* ¡No me mires así, por lo que más quieras en el mundo!

MERCE. *(Idem. Cada vez más derretida.)* Nos están oyendo.

AND. *(Idem.)* A los ojos no los oye nadie... ¡¡Mercedes!!...

MERCE. *(Idem.)* ¡¡Negro mío de mis entretelas!!...

AND. *(Casi mordiéndola las narices.)* ¡¡Malhaya sea tu corazón!!

MERCE. *(Asombrada, y casi con el aliento.)* ¡Andrés!

AND. *(Muy en voz baja y desesperado.)* ¡Déjame... por tu madre!...

MERCE. *(Idem.)* ¡Por ella te pido yo que no me dejes tú!... ¡Háblame en alta voz!... ¡Dime que me quieres!... ¡Cógeme una mano!...

AND. ¡¡Mercedes!!

MERCE. ¡¡Cógeme una mano!!... Dime que me quieres... *(Conmovidísima.)* ¡Llorando te lo pido!

AND. *(Casi abrazándola, explotando de una vez, conmovido, entusiasmado, loco, dejando hablar a su corazón.)* ¡¡Mercedes!!... ¡Niña mía!... ¡Chiquilla mía!... ¡Vida mía!... ¡Oyeme, sí; yo te quiero, yo te quiero!... ¡¡Yo te quiero!!...

MERCE. *(Suspirando satisfechísima.)* ¡Ay!...

AND. Tú has sido siempre la suprema aspiración de mi alma; antes de que empezaras a ser mujer nació en mí este cariño; te he adorado desde niña... Cuando estoy a tu lado, siento algo que nunca había sentido y que tú únicamente me haces sentir: una vergüenza horrible por haber malogrado mi vida, por no haber sido nunca más que un tarambana; y al mismo tiempo, un deseo vivísimo de mejorarme, de rendirme

a tus ojos... Porque te quiero, Mercedes mía... ¡Te quiero!...

MERCE. ¡Andrés!...

AND. Cuando estamos solos y te hablo como ahora y me hago la ilusión de que puedo llegar a ser tu marido, y a tenerte por mía, y a estrecharte en mis brazos... siento un placer tal, que me hace sufrir de puro grande; la felicidad me enloquece; creo que todo da vueltas en torno mío... sobre todo cuando me miras así... *(Cambiando de tono, en voz baja y desesperadamente.)* ¡¡No me mires así, porque te...!! *(Amenazándola.)*

MERCE. ¡¡Andrés!!...

AND. ¡No puedo más!... Entren ustedes; se acabó la comedia... ¡Yo me muero!

MERCE. ¡Andrés!

AND. *(Abre el balcón.)* ¿Eh?... ¿Pero qué es esto?

MERCE. *(Acercándose al balcón.)* ¿Qué? *(Extrañadísima como Andrés.)* ¡Anda!... ¡Están muy sentados en el jardín!... Se conoce que se cansaron de escucharnos...

AND. ¡Quiá! Ni nos han escuchado ni han pensado en tal cosa. Esto ha sido una martingala de ese fresco.

MERCE. ¿De quién?

AND. Del sinvergüenza de tu abuelo, que se ha empeñado en hacerme saltar. ¡Ea! ¡Pues ya he saltado!

MERCE. ¿Cómo?

AND. Que ya esto se acabó. *(Llamando a gritos desde el balcón.)* ¡¡Julia!!... Haz el favor.

MERCE. ¿Eh?...

AND. *(Contestando a alguien que le habla desde dentro.)* Sí; ustedes también: no hay inconveniente. *(Se retira del balcón muy nervioso.)*

MERCE. *(Extrañadísima.)* ¿Pero...?

AND. "¡Finis coronat opus!"

MERCE. ¿Qué quieres decir?

AND. Que hasta el final nadie es dichoso; y yo ya lo soy, porque he llegado al final. *(Respirando ruidosamente.)* ¡¡Uf!!

MERCE. Bueno, pero dime...

AND. Déjame; déjame, porque estoy algo... patológico.

MERCE. ¿No puedo saber por qué has llamado a mamá?

AND. Para despedirme. Me voy definitivamente.

MERCE. ¿Que te vas?

AND. Sí; me voy, ¡¡me voy!!... ¡¡Me voy!!...

MERCE. ¿A Nueva York?

AND. ¡O a la porra!... Da lo mismo. El asunto es irse.

MERCE. ¡Qué lástima! Ahora que me iba yo acostumbrando a ti.

AND. ¡Bah! No faltará quien te acompañe...

MERCE. Es posible; pero con nadie me divertiré tanto.

AND. *(Picadísimo.)* Sí, ¿eh? Pues mira, niña: ¿sabes lo que te digo? Que siento haberte servido de monote. Ahora te vas a divertir con tu abuelo.

MERCE. Jesús, hijo; lo tomas todo por la tremenda.

AND. ¡Hombre! Pues hasta ahí podían llegar las cosas. Y te advierto que yo soy...

MERCE. Tú eres un embustero muy grande, porque tratas de separarte de mí después de haberme dicho que me quieres.

AND. Porque creí que tu madre nos estaba oyendo.

MERCE. Pues...

AND. ¿Qué?

MERCE. *(Muy cariñosa.)* ¿No me juzgas digna de decírmelo sino cuando mamá lo oye?... ¡Mírame a la cara!

AND. *(Sin mirarla.)* ¡Estás fresca!

MERCE. ¡¡Andrés!!

AND. ¡Que me dejes!... ¿Qué hará Julia?... No veo la hora de salir de esta situación.

MERCE. ¿Eh? ¿Pero vas a echarlo todo a rodar? ¿Vas a descubrirle...?

AND. ¿Tan malo me crees? No; nada de eso; al contrario; te secundaré hasta el final. Diré ahora a tu madre lo que debo decirla, pero escucha, Mercedes: oigas lo que oigas de mis labios, debes saber para tu gobierno que tú y yo estamos hablando ahora por última vez.

MERCE. ¡¡No!!

AND. ¡¡Sí!! Yo embarcaré el lunes, o cuando sea, para no volver nunca.

MERCE. ¡Andrés!

AND. ¡¡Nunca!!... A mí no vuelves a mirarme con los ojos mareosos... ¡porque no!

MERCE. *(Conmovida.)* Yo te miraré como tú quieras, Andrés; pero no te vayas.

AND. ¡Bah!

MERCE. *(Cogiéndole del brazo.)* ¡No te vayas, por lo que más quieras en el mundo!... ¡Llorando te lo pido!

AND. ¿Eh?... ¡¡Mercedes!!... *(Mirando hacia la segundo puerta de la izquierda y trocando su ternura en coraje.)* (¡Ah! Vamos: como que ahora es cuando nos están oyendo... ¿Seré estúpido?...) ¡Quita!... *(La empuja y se separa de ella.)* (¡Malhaya sea!...)

MERCE. (¡Dios mío!... ¡No me cree!... Este sí que es conflicto!...) *(Por la segunda puerta de la izquierda entran en escena Julia, el Marqués y Ricardo.)*

JULIA. ¿Qué pasa? ¿Para qué nos llamas con esas voces?...

AND. *(Un poco azorado.)* Pues que... ya verás. Acabo de ver en este... en ese... en aquel periódico, que pasado mañana sale un vapor de... de ahí; de... bueno, de allí, para allá; ya tú me entiendes. Y como los malos tragos pasarlos pronto, acabo de despedirme de Mercedes y deseo despedirme también de ti y decirte algo tan importante como solemne. *(A un movimiento de Ricardo.)* No; no es nada secreto.

JULIA. Tú dirás.

AND. Que quiero pedirte oficialmente la mano de tu hija para cuando regrese de mi viaje.

JULIA. *(Sorprendida, mirando a Mercedes.)* ¿Eh?...

AND. Ella te dirá...

MERCE. Sí, madre; concédesela, pero... que no se vaya.

JULIA. ¿Qué?

MERCE. *(Lloriqueando.)* ¡Que no se vaya!

AND. Ni ella me lo dirá, ni yo lo aceptaría aunque me lo dijese. Sólo una cosa de las que se relacionan con nuestro matrimonio puede quedar establecida desde este momento... y no te extrañe que te hable sin rodear: tu boda con Ricardo.

JULIA. ¿Eh?

AND. Te doy mi palabra— mi palabra de honor, que sabes que es lo único sagrado para mí—de que Mercedes sólo siente por Ricardo un afecto filial. ¿Verdad, Mercedes?

MERCE. ¡Lo juro!... Sólo te quiero a ti. ¡No te vayas!

AND. Ya lo oyes, Julia; ya no puede tener escrúpulo en dar tu mano al hombre que quieres.

RICAR. ¡Gracias, Andrés!

JULIA. *(Llevándose el pañuelo a los ojos, después de una pausa.)* Gracias a los dos. Pero hablemos sin engaños y perdonémonos mutuamente nuestras supercherías, puesto que a todos nos ha guiado la misma buena intención.

AND. ¿Eh?

JULIA. Ya sé que todo esto no es más que una farsa vuestra, en la que he fingido creer.

AND. ¿Cómo? ¿Sabes?...

JULIA. Sé que concertasteis representar esa comedia de amor para que yo, convencida de que Mercedes no quería a Ricardo, consintiese en casarme.

AND. *(Estallando.)* ¡¡Pues vaya un papelito!!... Ea; pues bien, sí; tienes razón. Y puesto que el enredo está descubierto... Adiós... Buenas tardes.

MERCE. *(Sin mirarle y tirándole de la chaqueta para que no se vaya.)* ¡Mamá, que no se vaya!

AND. ¿Eh?

JULIA. ¡Pero Mercedes!

MERCE. *(Sin soltar la chaqueta de Andrés, y siempre sin mirarle.)* ¡Madre, que si se va no vuelve!... ¡Que no se vaya!

MARQ. *(A Andrés.)* ¿Pero adónde vas, hombre? ¿Qué pito ni qué bocina vas tú a tocar en los Estados Unidos? Aquellas americanas...

AND. Aquellas americanas, no sé; pero esta americana es cosa perdida.

MARQ. *(Por Mercedes.)* ¿Estás viendo?

AND. ¡Comedia!

MERCE. *(Soltando la chaqueta.)* No, Andrés, no; no es ya comedia; abuelo, por Dios, que no es comedia. ¡Mamaíta, por Dios, que no es comedia! ¡Por Dios, Ricardo, que no es comedia, delante de todos lo digo; es... que te quiero!... *(Al ver la cara de los demás.)* ¿Eh? ¿Pero es que no me creen? ¡Ay, Dios mío, que me crean!... Mamá, que es de veras; que me gusta... ¡Ay, Ricardo, que me gusta; abuelo, que me gusta, que le quiero!... *(Al ver que Andrés intenta dirigirse hacia la puerta de la derecha.)* ¡Ea! ¡Que no se va!... *(Echándole las manos al cuello.)* ¡Que no sales de aquí! ¡Rompe esta cadena si te atreves!

AND. *(Vencido, entusiasmado.)* ¡¡Mercedes!!...

RICAR. Jugó con fuego y se ha quemado.

MARQ. Sí, y necesita la piel de Andrés...

MERCE. *(Al Marqués.)* ¡Qué cosas dices!

MARQ. *(A Julia.)* Ea, y ahora vosotros.

JULIA. Nosotros luego; después de ella.

MARQ. Pero, mujer, ¿vas a esperar a ser abuela para casarte?

JULIA. Tal vez.

MARQ. ¿Quieres que el bautizo preceda a la boda?...

JULIA. Sólo ese día consentiré.

RICAR. Andrés, ya lo oye usted. Por la Virgen Santísima, de usted depende...

MARQ. ¡Andrés! ¡Que un biznieto es la ilusión de mi vida!

AND. *(Alargándole la mano.)* Queda a mi cuidado. Estén ustedes tranquilos.

MARQ. }
RICAR. } ¿De veras?

AND. ¡¡¡Palabra de honor!!!

TELÓN